



NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA A DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



Una docena de servidores á pié, destrozados y descalzos los seguian (pág. 100).

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. — El Castillo del hambro, por don Antonio de San Martin. — Honor de esposa y corazon de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. — El Vesubio, por doña Robustiana Armijo de Cuesta. — Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tarrago y Mateos. — Seccion de América. — Historia de la insurreccion carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias. — Causas célebres. — Seccion festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal. — General Echagüe. — Don Alfonso de Borbon y Austria de Este. — Manifestacion radical verificada en Madrid en la tarde del 15 de Junio (de una fotografia tomada desde las Calatrayas).

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuacion.)

Una situacion semejante á la en que se han colocado, se colocan y se colocarán los hombres políticos de todos los tiempos, por aquello que todo el mundo sabe, ménos los pueblos, que lo ignoran todo, que la politica no representa más que intereses.

La persecucion artificiosa de don Pedro IV contra su cuñado el rey de Mallorca, tuvo por pretexto la tardanza de éste, ó más bien la negativa, en hacer el reconocimiento y pleito homenaje que debía al rey de Aragon, del cual era feudatario.

Llamóle diversas veces don Pedro para que compareciese á jurarle la debida fidelidad y obediencia, y don Jaime, receloso, encontraba siempre alguna razon para excusarse.

Consistía el recelo del joven don Jaime en que sabía bien hasta qué punto el rey estaba empeñado en un amor horrible por su hermana doña Constanza.

Cierto era que el rey había influido en el casamiento de doña Constanza con el rey don Jaime, pero esto había sido por altas razones de politica, y detras de la politica había quedado el amor.

Don Jaime temía si iba solo ser preso con cualquier pretexto, lo que significaba la pérdida de su esposa y de su reino, huérfano de monarca que le defendiese, y si iba acompañado de ella fuesen presos los dos.

Al fin, en 1339, no pudiendo ya excusarse, se decidió á ir á Barcelona á prestar el homenaje, pero con la condicion de que la ceremonia no fuese pública.

Sin embargo, el rey don Pedro encontró manera para humillar al de Mallorca, al que aborrecía de muerte por ambicion y por celos.

En primer lugar, cuando se le presentó le hizo estar de pie un largo espacio, y luego hizo llevar de su cámara dos almohadones, mayor el uno, menor el otro, infinitamente más rico el mayor, é hizo sentar en el menor al rey de Mallorca.

Altivos y jóvenes los dos reyes, mal intencionado el de Aragon, altivo y alentado el de Mallorca, se separaron amigos en la apariencia, pero más enemigos que nunca.

No tardó en sobrevenir una ocasion en que ambos reyes dieron un grave escándalo y estuvieron á punto de dar otro mayor aún.

El rey de Aragon había ido á Aviñón á hacer el reconocimiento de su feudo por los reinos de Cerdeña y de Córcega al papa Bene-

dicto XII, y se hizo acompañar del rey de Mallorca.

El papa los recibió de una manera sumtuosa.

Al día siguiente, con gran pompa, con un acaudamiento numeroso y espléndido, los dos reyes, ostentosos, engalanados y á caballo, marchaban á la par en medio de un gentio inmenso hacia el palacio del papa.

Parecióle á un escudero gentilhomme, que llevaba de la brida el caballo del rey de Mallorca, que el rey de Aragon iba demasiadamente gallardo y que se adelantaba á su señor, y movido por esto á cólera y sin reparar en nada, con el baston que en la mano llevaba como insignia de su oficio, y que se parecía mucho á las antiguas varas de los alcaides de casa y corte, descargó temerariamente algunos golpes, no sólo sobre el caballo del rey don Pedro, sino también sobre el escudero noble que le conducía.

Sucedier esto, enloquecer de ira el rey don Pedro, que necesitaba muy poco para ello, y echar mano á su espada para herir al rey de Mallorca, de quien creyó había dado orden para aquel desacato, fue todo obra de un momento.

Afortunadamente, aunque el rey de Aragon se esforzó por desenvainar la espada, no pudo conseguirla.

Tan apretada estaba en la vaina.

Entre tanto, el infante don Pedro, tío del rey de Aragon, que le acompañaba, y el rey de Mallorca con sus disculpas, pudieron aplacarle.

El gentilhomme mallorquin fué preso, y los dos cuñados se dieron de nuevo las manos y se efectuó la ceremonia, despues de la cual los dos jóvenes reyes se retiraron; volvieron cada cual por su parte á sus respectivos reinos, pero más enemigos que nunca.

Don Pedro, irascible, ambicioso, con sobrados elementos de odio contra el rey de Mallorca, esperaba una ocasion propicia para vengarse de él y perderle, encubriéndose para ello y cargándose ántes, en la apariencia, de razon.

Hay que advertir que don Pedro IV no hacía nada de frente.

La franqueza era una cualidad de que absolutamente carecía.

Si alguna vez demostraba sin rebozo sus sentimientos, como cuando lo de los palos del escudero mallorquin á su caballo y á su escudero, era porque le arrastraba lo tremendo de su cólera, que no podía contener; pero una vez pasado el primer momento, se dominaba y volvía á encubrirse de una manera impenetrable.

No tardó en ofrecerse un pretexto al rey.

El de Francia, Felipe de Valois, reclamaba de Jaime II de Mallorca le reconociese como señor feudal y le prestase homenaje por el señorío de Montpellier, alegando para ello antiguos derechos de sus antepasados.

Negábase el de Mallorca, alegando otras razones; y exacerbado el asunto, el rey de Francia invadió las Baleares, y escribió al de Aragon rogándole no ayudase á don Jaime.

Este á su vez requirió al rey don Pedro para que, como su señor feudal de una parte, de otra como hermano de su esposa, y ya también con arreglo á los tratados de paz y de alianza estipulados entre los dos reyes, fuese á ayudarle.

La influencia de Pedro IV, que era grande por su propio aliento y por la extension de sus dominios, habría bastado para que se hubiesen arreglado pacíficamente las diferencias entre el rey de Mallorca y el de Francia; pero no convenia esto al de Aragon, y se escapaba con respuestas ambiguas á las pretensiones de los dos contendientes, sin que ni las instancias, ni los requerimientos, ni las em-

bajadas perentorias, ni las vistas que tuvo con el rey de Mallorca llegaran á arrancarle, no un auxilio positivo, pero ni aún siquiera una contestacion satisfactoria.

De una parte las naves del rey de Francia amenaban á Mallorca, y de otra un poderoso ejército francés amenazaba el Rosellon.

Don Jaime, pues, sin saber aún á qué atenerse respecto al rey de Aragon, y creyendo que como deudo y soberano no podría dejar de ayudarle, declaró la guerra al francés.

Inmediatamente, vió con sorpresa que en vez de ponerse á su lado el rey don Pedro, le reprendía agriamente por su imprudencia en meterse en aquella guerra.

Apremiado y comprometido el rey de Mallorca, requirió de nuevo al de Aragon, y éste le contestó al fin que convendría se viesen en Barcelona á mediados del mes de Febrero. Esto acontecia en 1341.

No se ocultaba al astuto don Pedro que al rey don Jaime le era imposible acudir á la cita en tales circunstancias, teniendo su territorio amenazado; pero el rey don Pedro necesitaba tener razones para hacer cargos al rey de Mallorca, y había aprovechado la ocasion.

En efecto, el rey don Jaime se excusó de acudir á la cita con razones bastantes, que no fueron estimadas por el de Aragon; ántes bien, reunió su consejo, y sagazmente le insinuó la conveniencia de que se convocaran Cortes de catalanes en Barcelona, y convocadas que fueron y reunidas, mandó al rey de Mallorca que como su vasallo feudatario y primer prócer se presentase en ellas.

El pretexto no podía ser más hábil, y el mismo rey don Pedro se alaba de ello en su Crónica, escrita por el mismo.

El efecto fué el mismo que el rey buscaba.

Don Jaime no acudió al llamamiento del rey á las Cortes ni por sí ni por procurador, y el rey don Pedro pudo por ello declararle desobediente y contumaz, añadiendo que había quebrantado el pacto y prohibicion de acuar en el Rosellon otra moneda que no fuese la barcelonesa.

Estaban ya completamente al descubierto los propósitos del rey don Pedro de tratar como rebelde y traidor al esposo de su hermana, y sus proyectos de apoderarse del reino de Mallorca y de los condados del Rosellon y de Cerdeña.

El papa Clemente VII, que había sucedido á Benedicto XII, deseoso de excusar graves males, que no podían ménos de sobrevenir en una lucha encarnizada entre príncipes cristianos, envió un nuncio apostólico para que procurase avenir á los dos reyes don Pedro y don Jaime; y e te último, habiendo recibido una citacion solemne en Perpiñan, se decidió á ir á Barcelona acompañado de su mujer la reina doña Constanza, por insinuacion de ésta, que esperaba influir en beneficio de su esposo sobre el monarca aragonés.

Pero éste, astuto siempre, divulgó, y él mismo lo confiesa en su Crónica, que la ida del rey y de la reina á Barcelona encubría el alevoso propósito de apoderarse de él, de su mujer y de los infantes sus hermanos.

Ya por este tiempo, deshecho el proyectado enlace del rey de Aragon con doña Juana de Navarra, se había casado con la hermana de ésta la infanta doña Maria.

Decía el rey que la revelacion de esta intriga se la había hecho un fraile, y que despues se lo había confesado la misma reina de Mallorca su hermana.

Segun se lee en la Crónica de su reinado, escrita, como hemos dicho, por el mismo rey don Pedro, el supuesto proyecto era el siguiente:

Los reyes de Mallorca, despues de su llegada á Barcelona, debían fingirse enfermos.

Natural y necesariamente, el rey de Aragon debía ir á visitarlos.

Se le rogaria entrase solo con su mujer y con los infantes, á fin de que la mucha gente no molestase á los enfermos.

Doce hombres de armas, dispuestos de antemano, se apoderarian del rey don Pedro y de toda su familia, y la llevarian por mar al castillo de Alaron, en Mallorca.

Añade el rey don Pedro, que providencialmente se salvó de esta trampa de lobos, á causa de haber sido acometido por una indisposicion.

Bien informado por fin el rey don Jaime de las asechanzas del rey de Aragon, se presentó á él para declararle que rompía y retiraba el feudo y el pleito homenaje que le habia prestado, y huyó más bien que se retiró para librarse de ser preso por el rey don Pedro, dejando á la reina doña Constanza en su poder.

••

Esto acontecia en 1342.

Don Jaime, irritado por el grave compromiso en que se veia, empeñado en una guerra desigual con el rey de Francia; exacerbado más y más por la mala fe del rey de Aragon habia desoído los consejos de la prudencia, y habia dado pretexto al rey don Pedro para que al fin obrase contra él de una manera desembozada.

Apyándose don Pedro, primero en las desobediencias del rey don Jaime, y despues en su fuga, hizo activar el proceso que contra él se habia empezado, y recayó sentencia solemne y definitiva contra el rey don Jaime, por la que se le declaraba desobediente, rebelde y contumaz.

Se le confiscaba el reino de Mallorca con las islas adyacentes, los condados del Rosellon y de Cerdaña, y todas las tierras, bienes y derechos que tenia en feudo por el rey de Aragon; y se declaraba que si no comparecia á descargarse, fuesen incorporados á los dominios del rey don Pedro.

Como resultado inmediato de esta sentencia, don Pedro llamó al almirante Moncada, que con veinte galeras estacionaba en el Estrecho de Gibraltar como auxiliar del rey don Alfonso XI de Castilla contra los moros; y dejando á su hermano el infante don Jaime en la defensa de las fronteras del Rosellon y Cerdaña, salió de Barcelona contra Mallorca el 18 de Mayo de 1343 con una armada de ciento diez y seis galeras.

••

Todo favorecia al rey don Pedro.

Los mallorquines estaban más de su parte que de parte del rey don Jaime, que desgraciadamente, á causa de la guerra en que se habia empeñado con Francia, los tenia abrumados por tributos.

Así es, que apenas entraron en el puerto de Palma las naves del rey don Pedro, se le presentó una diputacion de la ciudad ofreciéndole la entrega, con la sola condicion de que les jurase respetar sus fueros, buenos usos, costumbres y libertades.

Apresuróse á aceptar el rey de Aragon, y aunque don Jaime le esperaba con quince mil infantes y trescientos caballos, la mala gana con que estos pelearon dieron el triunfo al rey de Aragon al primer embate, desbandándose y huyendo, y obligando tambien á huir á su desdichado rey.

Vencido don Jaime en aquel primero y mal llamado combate, don Pedro se apoderó de la ciudad, en la que, juradas las condiciones de la entrega, habia entrado solemne y triunfalmente, y en la cual tomó el título de rey de Mallorca en medio de grandes fiestas y regocijos.

Siguió-e el ejemplo de la capital en toda la isla. Menorca e Ibiza se sometieron bien pronto, y don Pedro, dejando bien defendidas las tres islas, se volvió á Barcelona en Junio de 1343.

••

En esta situacion, se le reunió como vasallo feudatario y amigo su antiguo enemigo don Pedro de Egerien, para ayudarle á todo su poder, que era grande, contra el pobre rey don Jaime, á quien la fortuna, tal vez á causa de sus imprudencias, habia vuelto completamente las espaldas.

Ya no era sólo un pensamiento astuto, perspicaz y terrible el que conspiraba por la perdicion definitiva de don Jaime; eran dos.

Influído el rey don Pedro por Egerien, no se detuvo en Barcelona más que el tiempo necesario para prepararse á invadir el Rosellon, de cuya empresa no pudo disuadirle el legado del papa cardenal de Rodera, que le pedia encarecidamente en nombre del papa y de la Iglesia perdonase al desventurado rey don Jaime.

Este mismo solicitó en vano por dos veces le diese un seguro y pleito homenaje de que ningun mal le aconteceria yendo á ponerse en su poder.

Don Pedro, que tenia ya hecho su negocio, se negó á todo. Invadió el Rosellon, y en vano el cardenal legado, en nombre del papa y de algunos prelados aragoneses, pretendieron traer á una concordia al rey de Aragon con el rey de Mallorca.

Don Pedro se negó tenazmente, y continuó tomando una á una las villas y fortalezas del Rosellon, hasta que talando y devastando sus campos se puso sobre Perpignan.

Insistió aún por un acomodamiento la Sede apostólica por medio del cardenal legado, y se habló mucho y se escribió más en latin que en español.

Pero el rey don Pedro se mantuvo firme y continuó en su empeño, aunque por falta de máquinas de batir, dejando cercado á Perpignan, se volvió á Barcelona para proveerse de lo necesario, siendo friamente recibido por los barceloneses, á quienes disgustaba su vuelta sin haber terminado definitivamente la conquista de todos los dominios del rey de Mallorca.

Sin embargo, don Pedro habia hecho prudentemente en aplazar el ataque de Perpignan.

Reducido á esta sola ciudad el rey don Jaime, desamparado de todos, pobre, sin dinero ni aun para pagar los sueldos de su escasa hueste, envió al rey de Aragon, que á más de ser su cuñado era su primo, un fraile agustino portador de una carta, rogándole le oyese benignamente, en la seguridad de que nada le habia de pedir que no fuese provechoso á su ánima.

El rey despidió malamente al religioso negándose á recibir la carta, y mandó á los bailes ó alcaldes de la frontera la vigilasen para que si por acaso pasaba por allí el rey de Mallorca le prendiesen y le pusiesen á buen recaudo en la torre de Gironella.

Despues de esto, proclamó solemnemente á son de trompeta, que el reino de Mallorca con sus islas, con sus ciudades de Rosellon, Cerdaña y Conflent, y demás dominios ántes pertenecientes á Jaime II de Mallorca, quedaban perpetuamente incorporados á la corona de Aragon, con juramento que el rey hacia por sí y por sus sucesores de que jamás, ni por ningun título, se restituirian niarian en feudo al rey de Mallorca, ni á sus hijos, ni á personas extrañas de aquellos Estados; y que esta union é incorporacion definitiva seria jurada por todos los que sucedieren en el reino de Aragon, faltando lo cual no estarian obligados los ricoshombres y ciudades del reino á prestar pleito homenaje y fidelidad al rey.

Esta proclamacion llevaba la fecha de 29 de Marzo de 1344.

••

Provisto el rey de cuantos ingenios y pertrechos necesitaba para esta segunda campaña del Rosellon, entró de nuevo en él, rindiendo con más ó menos facilidad las villas y fortalezas que aún le quedaban por conquis-

tar, y cercando á Perpignan con una formidable hueste y con todos los aprestos de guerra necesarios.

Don Jaime se vió obligado á rendirse á discrecion, bajo la palabra del rey don Pedro de dejarle la vida y usar de clemencia con él.

He aquí cómo cuenta en su Crónica el mismo rey don Pedro lo que sucedió en la entrega á él del rey don Jaime:

«Vino hacia Nos todo armado y con sólo la cabeza desnuda; al acercárenos nos pusimos en pie; él hincó la rodilla en tierra, nos tomó la mano y nos la besó como por fuerza; Nos le hicimos levantar y le besamos en la boca.

—Mi señor,—nos dijo,—yo he errado contra vos, más no contra mí fe; pero si lo hice, fue por un loco exceso y por mal consejo, y vengo para hacer enmienda de mí delante de vos, que de vuestra casa soy y quieroos servir, porque siempre os ame de corazón y soy cierto que vos, mi señor, me habeis mucho amado y aun de presente me amais; y quieroos hacer tal servicio, que os tengais por bien servido de mí, y pongo en vuestro poder á mí mismo y toda mi tierra libremente.

A lo cual contestamos:

—Si habeis errado, á mí me pesa, porque sois de mi casa; pero errar y reconocer el verro es cosa honrosa, y perseverar en el es malicia; y así, pues, vos reconoceis vuestro verro, yo usare de misericordia con vos, y os haré merced de manera que todos conocerán que me he obrado con vos misericordioso y gratamente, con que libremente pongais en nuestro poder á vos mismo y toda vuestra tierra.»

••

Teniendo en cuenta estos antecedentes, no se puede dar un retrato más acabado del político y artificeiro, y al mismo tiempo terrible, Pedro IV de Aragon, que el fragmento de su Crónica, escrita por él, que acabamos de transcribir.

Tanta astucia, tanta disimulacion, mejor dicho, tanta miserable comedia engañaron al bueno de don Jaime, que alento aún la esperanza de que tal vez aún el rey su primo y cuñado le repusiera en la posesion del reino que le acababa de arrebatár.

Pero muy pronto hubo de desengañarse.

El rey le exigió inmediatamente la rendicion de Perpignan.

¿Y qué podia hacer el pobre rey don Jaime abandonado de todos?

Pedro IV entró en Perpignan con gran aparato, bien pudiera decirse que con placer de los habitantes.

Entonces, y habiendo sabido don Pedro que el rey don Jaime, á pesar de su situacion, decia que muy pronto el rey de Aragon le restituiria sus dominios y que en tal concepto escribiria á algunas villas y lugares, mandó se le encerrase y se le tuviese á buen recaudo, y acabó de apoderarse completamente del Rosellon y de la Cerdaña.

Logró, sin embargo, el rey don Jaime tener unas nuevas vistas con su cuñado; pero no obtuvo otro resultado que el de que se le señalase por residencia la villa de Berga, en Cataluña.

En cuanto á lo demás, le desengañó don Pedro rudamente, amenazándole con la muerte si continuaba en propalar que le serian devueltos sus reinos.

Finalmente, el rey don Pedro convocó Cortes en Barcelona, cuyo objeto debia ser fijar la suerte de don Jaime.

Decretaron estas Cortes una pobre pension de diez mil libras anuales, y esto con la condicion de que renunciase el título e insignias reales con todos los derechos á los reinos y dominios que ántes habia poseído.

Exaltada ya hasta su último punto la dignidad que en el desventurado don Jaime habia quedado, se negó á sucumbir á esta humillacion en un arranque de valor.

Convencido al fin de que nada recobraría

de su enemigo, ni lograría que nadie lo oyese en justicia, temeroso de una catástrofe mayor, huyó y fué á refugiarse á Cerdaña, intentando un golpe de mano, que no tuvo resultado alguno.

Los habitantes de Puigcerdá, en quienes creyó encontrar un resto de fidelidad y de amor, le rechazaron apellidando el nombre de Aragón.

Para llegar al territorio francés con los pocos leales que le seguían aún y compartían su infortunio, cruzó la montaña desnudo, hambriento, transido de frío, expuesto á perecer de miseria con los que le seguían.

Don Pedro había acudido en persecución suya á Cerdaña, y á poco si se apodera de él. Al fin el conde de Foix recibió á don Jaime.

Tuvo compasión de él y le dió algunos medios, con los cuales el proscrito pudo llegar á Montpellier, su última y débil esperanza.

* *

Esto tenía lugar en los últimos meses del año 1344.

En Montpellier, su último dominio, el rey don Jaime se encontró friamente recibido y sin recursos de ninguna especie.

Acudió al rey de Francia, y éste se excusó. Así pasó el tiempo, peregrinando errante don Jaime en busca de quien le ayudase, y sin encontrar una sola mano amiga.

Había sido aquella una peregrinación dura, terrible, que había acabado por postrar al desterrado, por enervarle, por rendirle.

Sólo con doña Constanza su esposa y con algunos escanos servidores, cuya lealtad se probaba en la desgracia, huyó al fin el desdichado don Jaime á Poitiers.

El conde le recibió como se recibe á los desgraciados, de los cuales no puede esperarse nada, y á los que sin embargo no se puede rechazar; de una manera fría y reservada, y sin cuidarse nunca de ocultar el disgusto que le causaba aquella acción, que podía malquistarle á la par con el poderoso rey de Aragón y con el poderoso rey de Francia.

Don Jaime había llegado sobre un mal caballo; su esposa la reina doña Constanza sobre una mala hacanea, llevando su pequeño hijo el infante don Jaime en los brazos.

Una docena de servidores á pie, destrozados y descalzos los seguían.

No podía darse mayor miseria.

No podían haberse presentado de peor manera al conde de Poitiers.

Se aposentó á los dos esposos y al infante en una cámara casi desguarnecida allá en lo alto de una de las torres del castillo.

En cuanto á los pobres servidores, se les aposentó de cualquier manera, sin cuidarse mucho de la comodidad.

Parecía como que á don Jaime se le daba un mechinal para meterse en él con su familia, por no hacerle pasar de largo como á un mendigo, después de haberle dado una limosna.

(Se continuará.)

EL CASTILLO DEL HAMBRE.

I

Hace pocos años, caminando á caballo desde Betanzos (1) á Puente de Eume, vi en la cima de una montaña contigua al camino real una torre y algunos lienzos de muralla deteriorados por el tiempo.

—¡Cuántas injusticias!—pensaba yo,—¡cuántos crímenes y tropelias se habrán cometido, á no dudarlo, tras esos negros parecidos en los dramáticos y rudos siglos del feudalismo!

Detuve el paso de mi caballo, y remontando el pensamiento á los apartados días en que aquellas ruinas debían estar habitadas, vi

pasar en torno mío, con los ojos de la fantasía, caballeros cubiertos de hierro de pies á cabeza; trovadores con el laud pendiente de una banda y la daga al cinto; hermosas damas seguidas de apuestos pajes, y multitud de guerreros que corrían al són de las trompas de caza, ó cual alud despeñado bajaban de la montaña pendon al viento y en són de guerra.

El criado que me acompañaba, al verme con los ojos fijos en las ruinas, queriendo, á no dudarlo, darme una prueba de su erudición, me dijo gravemente:

—¡Ese es El Castillo del hambre!

Nombre tan fatídico me hizo estremecer á pesar mío, despertando al mismo tiempo mi curiosidad, la cual me propuse satisfacer á toda costa, averiguando el por qué se llamaban así aquellas ruinas.

Quise verlas de cerca, y después de trepar largo tiempo por la montaña, me encontré al pie de la torre principal.

Esta, gracias á su robustez, se conserva en bastante buen estado, y aún pueden verse algunas saeteras y claraboyas, en cuyas piedras existen carcomidos y mohosos barrotes de hierro.

Paredones derruidos, enormes sillares caídos por el suelo y medio cubiertos de zarzas y ortigas; otra torre agrietada y sin techumbre y un arco inmenso con un enorme escudo de armas, adornado con una corona condal, es lo único que resta de una de las más altivas y poderosas fortalezas de la Edad Media en Galicia.

Estas ruinas pertenecen actualmente al duque de Berwick y Alba, y en tiempos remotos era la ordinaria vivienda de los célebres y turbulentos condes de Andrade.

El Castillo del hambre tiene una tradición horrible; de aquellas ruinas, á las cuales la mano del tiempo ha dado un tinte fúnebre y melancólico, se cuenta un dramático suceso que voy á referir.

Hélo aquí:

II

Terminaba el verano del año de 1401.

Las melancólicas auras de otoño soplaban fuertemente en la montaña, arrebatando en sus alas las amarillentas hojas de los árboles y las mustias flores silvestres que pendían abatidas de sus tallos.

Era de noche.

La luna vertía sus rayos débiles al través de las apiñadas nubes, que impelia un viento Norte sumamente fuerte.

El castillo de los condes de Andrade yacía sumido en el mayor silencio.

Ni un vigia en sus almenas, ni un guerrero que, para hacer más llevaderas las horas del planton, pascase rezando ó entonando algún romance amoroso sobre las plataformas de sus torres.

Todo parecía estar muerto ó dormido en la imponente fortaleza.

Y sin embargo, alguien velaba.

III

Velaba á la entrada del puente levadizo Pero Lopez, el alcaide del castillo.

Sus pasos, unas veces precipitados, contenidos otras, el afán con que apoyado en la gruesa cadena del puente aplicaba el oído para percibir entre los mil rumores de la noche alguna señal convenida de antemano, ó para distinguir en la semioscuridad que reinaba alguna cosa, denotaban su impaciencia.

Velaba también, rondando por las orillas del profundo foso que circundaba el castillo, un negro horrible y repugnante; un esclavo africano, cuyo traje colorado y la pequeña horea y cuchilla de metal que brillaba en su pecho daban á conocer en él á un verdugo señorial.

Aquel negro se llamaba Zaid y era mudo. Pero, ¿qué esperaban aquellos dos hombres?...

IV

No tardó en oírse muy á lo lejos, medio perdido entre los silbidos del viento, el galopar de un caballo.

Zaid llevó dos dedos de su mano derecha á la boca y produjo un agudo silbido.

Pero Lopez lanzó una exclamación de gozo, y atravesando rápidamente el puente levadizo, salió al campo.

Una vez allí, se llevó una mano sobre el corazón cual si quisiera contener sus violentos latidos, y se acercó á Zaid que sonreía estúpidamente mostrando sus blancos dientes, mientras señalaba extendiendo la mano hacia el lugar en donde sonaba el galopar del caballo.

Este se iba acercando por momentos.

El camino que desde el castillo conducía á la villa cercana de Puente de Eume, serpenteaba la montaña entre zarzas y matorrales.

Por aquel camino subía poco tiempo después un caballero montando un arrogante corcel de batalla, y llevando á la grupa un bulto informe de grandes dimensiones.

El caballero, ó mejor dicho su caballo, se acercaron al alcaide, el cual, anhelante, palpitando de emoción, tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

El caballero, tomando con gran cuidado el bulto que conducía, dijo con voz entrecortada por efecto de la rapidez de su marcha:

—Aquí teneis á Elvira, señor Pero Lopez... ¡Dios sabe el trabajo que me ha costado el conducirla hasta vos!

En aquel momento, un débil rayo de luna desprendiéndose de las nubes alumbró á nuestros personajes.

El caballero depositó en manos del alcaide del castillo de Andrade una mujer, al parecer desmayada, y cual si le hubieran aliviado de un peso enorme respiró ruidosamente.

—¡Gracias!—dijo Pero Lopez, en cuyo rostro brilló una sonrisa de inmenso gozo.—En pago de vuestro trabajo, amigo Gil Perez,—continuó,—ahí teneis lo prometido.

Y esto diciendo, le entregó una bien repleta bolsa, que el del caballo guardó cuidadosamente en su escarcela.

—¡Ahora partid,—prosiguió el alcaide.—Ya sabeis....

—Sí, sí,—dijo interrumpiéndole Gil Perez,—por la cuenta que me tiene no me detendré en Galicia más tiempo que el necesario para salvar sus límites, y sólo al verme en Castilla podré estar tranquilo.... ¡Oh! ¡perded cuidado! ¡Habeis de saber, señor Pero Lopez, que las gentes del palacio me persiguen.... Y á Dios quedad.... Ahí están á no dudarlo.

En efecto, á lo lejos se escucharon nuevamente pisadas de caballo.

Gil Perez aplicó al suyo los acicates y partió como alma que lleva el diablo, perdiéndose en seguida en las tortuosas veredas de la montaña.

Pero Lopez, seguido de Zaid, penetró en el castillo, del cual no tardó en alzarse el puente levadizo.

V

Media hora después, algunos ballesteros llegaron á él.

Contuvieron el ardor de sus caballos, estimulados por una veloz carrera, y uno de los ballesteros llevó á sus labios una pequeña trompa, que produjo un sonido agudo y rónico, que repitieron los ecos de aquellas eminencias.

El puente volvió á caer con estruendo, y Pero Lopez apareció en el soñoliento, al parecer, fingiendo admiración por que á tales horas llegasen gentes al castillo.

—¿Quien va?—preguntó deteniéndose á corta distancia de los ballesteros.

—Somos nosotros, señor alcaide,—dijo uno apresuradamente;—somos gentes del palacio de la señora condesa.

—¿Pues qué sucede?—volvió á preguntar Pero Lopez.

(1) La ciudad más antigua de Galicia, fundada según una antigua crónica por Brigo, nieto de Noé.

—Sucedee que han robado á Elvira.
—A la doncella de la señora condesa,—
contestó otro ballestero

—Y yo creo,—añadió el que había hablado primero,—que el traidor Gil Perez tiene participación en este rapto.

—Es extraño lo que acontece!—exclamó el alcaide despues de haber meditado un momento.—Habeis de saber, amigos míos, que tambien falta del castillo, desde esta tarde, Mauro, el paje favorito del señor conde.... Yo creo,—prosiguió de allí á un rato,—que á quien debeis perseguir es á Mauro y no á Gil Perez, que todo lo más sería un mero instrumento de que se ha valido el paje. Ya sabeis; éste y Elvira parecían estar muy enamorados.

—¡Sí, sí, tiene razon!—exclamaron los ballesteros.—Persigamos á Mauro, busquemos al paje del señor conde.

—Bien me parece ese celo, amigos míos,—dijo Pero Lopez:—y para indicaros el camino que debéis seguir, os diré que hace poco más de media hora que, rondando yo por las murallas, percibi á lo lejos el galopar de un caballo....

—¿Y hacia dónde? ¿hacia dónde?—preguntaron los ballesteros interrumpiéndole.

—Hacia allí,—dijo el alcaide señalando un camino opuesto al que había tomado Gil Perez.

—¡Corramos!—gritaron los ballesteros.

—¡Sí, corred, hijos míos,—continuó Pero Lopez con sesgada sonrisa.—De todos modos, prendais ó no al raptor, os prometo en nombre del señor conde una buena recompensa.

Los ballesteros, sin esperar más razones, tomaron á escape el camino que se les había indicado, y el alcaide penetró otra vez en el castillo frotándose las manos alegremente.

Sigámosle.

VI

Pero Lopez subió de dos en dos y rápidamente los peldaños de la estrecha escalera de una de las torres del castillo, á pesar de la lobreguez que en ella reinaba.

Al fin de aquella escalera existía una pequeña estancia abovedada, á la entrada de la cual, de pie y con su eterna sonrisa en los labios, se hallaba Zaid.

—Retírate,—le dijo el alcaide con voz melosa,—y espérame abajo. Allí encontrarás vino de Amandes. Te doy permiso para que bebas cuanto quieras.

El negro lanzó un gáñido como pudiera hacerlo una fiera, y descendió rápidamente. Pero Lopez entró en la estancia.

En ella, y tendida sobre las losas, estaba la mujer que había traído de Puente de Eume Gil Perez.

Parcía estar desmayada.

El alcaide alzó con mano trémula el manto que la cubría el rostro y quedó estático contemplándola.

Era una mujer joven y hermosa, ricamente vestida con un traje de paño azul bordado de seda, gran lujo en aquellos tiempos.

El rostro, un tanto pálido y moreno, de la joven, era ovalado y perfecto como el de una estatua antigua, y las negras cejas que se alzaban sobre sus cerrados párpados presentaban dos arcos sumamente perfectos, sedosos, admirables.

Su cabello, tambien negro, caía en leves ondulaciones á lo largo de su cuerpo.

No podia darse nada más gracioso ni seductor.

Aquella hermosa joven con su hechicero abandono estaba encantadora.

Pero Lopez, despues de haberla contemplado largo rato, movió la cabeza precipitadamente como si quisiera rechazar alguna idea tenaz.

Sus labios dieron salida á un entrecortado suspiro.

—¡Pronto volverá en sí!—murmuró lentamente.—El narcótico no era de los más poderosos.... Terminemos....

Y tomó á la joven entre sus brazos.

Los cabellos de aquella hermosa joven rozaron levemente el atezado rostro del alcaide, el cual se estremeció evitando su contacto.

Entonces tornó á mirarla, quizá á pesar suyo.

Algun impuro pensamiento debió cruzar por la mente de Pero Lopez, pues al cabo de corto rato de muda contemplacion su pecho se agitó fuertemente, acercó más á sí á la aletargada joven, y mirándola con unos ojos que parecían querer devorarla, estampó un prolongado y ruidoso beso en sus labios.

Elvira se estremeció.

Cual si quisiera rechazar las caricias de aquel hombre, un tenve, quejumbroso suspiro que lanzaron sus labios entreabiertos vino á acariciar el rostro de Pero Lopez.

Este dulcificó la dureza de su mirada.

—¡Oh! ¡Elvira, Elvira!—dijo moviendo la cabeza lentamente y con expresion melancólica;—¡que felices hemos podido ser todos!.... Pero tú has labrado tu propia desgracia y la mía, y tan sólo nos queda un porvenir de desesperacion.... ¡Oh! sí, de desesperacion!....

—¿Y qué hermosa es. Dios mio!—exclamó con un enternecimiento que hacia notable contraste con sus duras y marcadas facciones;—¡qué hermosa!.... Pero no, no quiero ceder á este instante de ternura: primero es mi venganza.... Zaid,—continuó alzando la voz,—Zaid, ven.

El horrible negro no tardó en aparecer en el dintel de la puerta. En sus ojos brillaba la alegría que precede á la embriaguez.

—Coge esa mujer y sígueme.—le dijo el alcaide.

Zaid recibió en sus brazos á Elvira y siguió á Pero Lopez, que con paso rápido descendía ya por las estrechas escaleras de la torre.

El castillo continuaba solitario al parecer y mudo como una sepultura.

El alcaide y el negro llegaron despues de haber cruzado tres ó cuatro aposentos lóbregos y abandonados á un estrecho corredor de suave pendiente, al fondo del cual había una angosta puerta cerrada con una tranca de madera y una llave enorme.

En frente de esta puerta, y pendiente de una cadenilla de hierro mohoso, ardía debilmente una pequeña lámpara de metal, que Pero Lopez desprendió de la cadena que la sostenía.

Sacó el alcaide en seguida la tranca y abrió, no sin algun trabajo, la maeiza puerta, apareciendo tras ella los primeros peldaños de una escalera húmeda y medio derruida que se perdía en la oscuridad.

Pero Lopez volvió la cabeza para mirar al negro. Sus ojos brillaban cual si fueran dos ascuas, y con una brutal carejada contestó á la estúpida sonrisa del verdugo señorial.

—¿Comprendes ahora?....—le preguntó señalando á Elvira.

El negro volvió á sonreirse.

—Pues adelante,—dijo el alcaide.

Y comenzó á descender por la escalera.

Despues de bajar veinte escalones á cual más ruinosos, Pero Lopez encontró frente á sí una pared verdinegra y húmeda, formada por enormes sillares, por los que huían algunos reptiles asustados con la luz de la lámpara.

Cualquiera se hubiera admirado, si despues de bajar por una escalera se encontrase bruscamente detenido á una distancia solamente de una á dos varas por un muro, sin ver á derecha ni á izquierda salida alguna.

¿Con qué objeto se había construido aquella escalera si á ningún lugar conducía?

El alcaide no mostró admiracion alguna por esto.

Bajóse hasta el suelo, y en uno de los sillares que encajaban en las losas que componían el pavimento tocó á no sabemos qué oculto resorte.

La piedra giró con un ruido sordo, presentando un boqueron de poco más de media vara en cuadro, por el cual salió un olor fétido y nauseabundo.

Pero Lopez introdujo por aquel boqueron la lámpara, depositándola en el suelo, y despues, rastreando como una culebra, se introdujo él tambien.

El verdugo no tardó en seguirle, despues de haber metido á Elvira, que continuaba aletargada, por aquel agujero.

Penetremos nosotros tambien por tan extraña puerta.

Tras ella, y en una corta extension de terreno y bajo una bóveda achataada, negra y horrible, hay un hombre sentado en un poyo de piedra, un hombre amordazado, cargado de cadenas que no le permiten hacer el más leve movimiento.

Enormes y molosas argollas de hierro sujetan su cuello, sus pies y sus manos al muro en que se respalda.

Aquel hombre, á pesar de la demacracion de su rostro y de sus desordenados cabellos, parece joven y hermoso.

—¡Hola Mauro!—le dijo el alcaide sonriéndose ferozmente;—¿cómo estamos?.... Bien, ¿eh?.... pues me alegro.

El prisionero le lanzó una feroz mirada, y tan poderoso fué el esfuerzo que hizo que sus cadenas reclinaron vivamente.

—Aquí te traigo una compañera,—continuó el alcaide;—tu bien amada. Creo que no te quejarás de mí.

Esto diciendo, cogió entre sus brazos á Elvira y la sentó en otro poyo de piedra que había enfrente del que ocupaba el preso.

Este hizo un nuevo esfuerzo como si quisiera desembarazarse de las cadenas que le sujetaban, y convencido de su impotencia cerró los ojos.

Por sus flacas mejillas corrieron entonces algunas lagrimas de amarga desesperacion.

Entre tanto, Pero Lopez, ayudado de Zaid, sin consideracion alguna á la delicada hermosura de Elvira, sujetaba á ésta tambien con argollas y cadenas.

—¡Perfectamente!—exclamó el alcaide.—

Voy, amado Mauro, á dejarte solo, solo enteramente con tu amada; y para que veas que no soy tan malo como seguramente me juzgarás, tambien tendrás luz desde hoy. Elvira está aletargada y ya no tardará en volver en sí.

¡Dichoso Mauro! ¡Solo, enteramente solo con esta mujer hechicera!....

Voy á dejarte, y Zaid no tardará en volver á darte de comer. ¿Qué más podeis desear?.... Hasta otra vez, hijo mio, y que seas dichoso: te lo deseo de todo corazon.

Y al decir esto el feroz Pero Lopez lanzó una carejada nerviosa y prolongada, que murió sin ecos en aquella estrecha mazmorra.

Despues salió seguido del negro, y la piedra de entrada volvió á cerrar tan horrible sepultura.

VII

Trascurrió algun tiempo.

El conde de Andrade, que se hallaba en la corte, tornó á su castillo.

Grande fué su pena al saber la desaparicion de Mauro, su paje favorito.

Era el desventurado joven hijo natural del conde, y éste, solo enteramente, sin más familia que algunos deudos ambiciosos y turbulentos que sólo codiciaban sus inmensos estados, sintió en su corazon un gran vacío, el deseo de amar á alguno.

Pero Lopez, tan bárbaro como hipócrita, logró acrecentar el amistoso afecto que le profesaba su señor, y con fingidas protestas de cariño le prodigaba consuelos en su doloroso abandono.

—Pensad, señor conde,—le decia,—que Mauro es muy joven, casi un niño, y que no tardarán en encontrarlo vuestros emisarios.



Ya sabeis, señor, que la desaparición de Elvira coincide con la suya; eso es asunto de amores, y tengo confianza en que hallaremos a nuestros queridos jóvenes.

El conde suspiraba al oír esto, y aún cuando su traidor alcaide conseguía infundirle algunas esperanzas, era, sin embargo, inmenso su dolor.

¡Oh! ¡cuál no sería éste si conociese la horrible verdad!

VIII

Una mañana trajeron á Pero Lopez al castillo de Andrade herido mortalmente.

En la villa inmediata, un escudero de otro noble le había herido en desafío.

Al reprender dulcemente el conde á su escudero, lloraba como un niño viendo en tan lamentable estado.

—¡Si supierais, noble señor, lo poco que merezco esas tiernas demostraciones!—dijo con voz apagada Pero Lopez.

—No comprendo!—exclamó el conde.

—Pues oíd la confesión del que dentro de breves momentos va á comparecer ante el tribunal de Dios, la confesión del criminal á quien tortura el remordimiento.... Escuchadme:

Yo amaba á Elvira.

Mis repetidas pruebas de amor no conseguían rendir su corazón, y no tardé en convencirme de que jamás lo obtendría porque Elvira amaba á otro á Mauro, vuestro hijo.

¡Malhadado amor! Una tarde me encontraba yo en Puente de Eume en el palacio de la señora condesa vuestra prima, cuando pude observar que Elvira, que cuchicheaba con vuestro hijo, me miraba de soslayo, sonriéndose al mismo tiempo.

Nunca me había parecido tan bella como entonces, entonces que á no dudarlo se burlaba de mi profundo amor en compañía de un rival dichoso.

Lleno de odio y desesperación, juré exterminar á ambos amantes, y durante algún tiempo maduré en mi pensamiento un terrible plan de venganza.

Esta venganza, que me era tan necesaria, fue llevada á cabo al poco tiempo!

Oídme bien, señor,—continuó mirando al atónito conde á quien el asombro tenía mudo y estático.

Yo suministré un narcótico á vuestro hijo, y lo sepulté en uno de los calabozos secretos de este mismo castillo.

—¡Infame!—exclamó el conde con voz potente.

—Dejadme concluir,—prosiguió el alcaide.

Yo hice también dar otro narcótico á Elvira, á la cual un traidor condujo hasta aquí una noche, durante la cual nuestros soldados dormían bajo el peso de la embriaguez.

Elvira tuvo la misma suerte que su amante; es decir, que fue conducida al horrible calabozo.

—¡Infame!—repitió el señor feudal desenvainando la daga.

Pero Lopez le detuvo trabajosamente la mano, y prosiguió con débil voz:

—Oídme, por Dios hasta el fin!.... Largo tiempo estuvieron presos los dos amantes. Zaid, el verdugo, en quien yo tenía una entera confianza, les llevaba la comida; mas un día no volvió, y entonces me determiné á bajar al calabozo. ¡Qué espectáculo tan aterrador se presentó á mi vista!....

—Prosigue,—exclamó el conde con una mezcla de rabia y de curiosidad, que le hacía suspender los golpes de su daga que oprimía convulsivamente.

—Vuestro hijo,—continuó Pero Lopez,—había conseguido romper las mohosas cadenas que lo sujetaban, y al entrar Zaid en su prisión le había dado de puñaladas con la misma arma que el negro llevaba á la cintura. Mauro experimentaba por Zaid un odio profundo, porque el vil esclavo solía acariciar

á su amada todas las veces que iba al calabozo.

El negro, aún cuando herido de muerte, tuvo bastante ánimo para interponerse entre Mauro y la entrada secreta del encierro. Reuniendo entonces todas sus fuerzas, dejó caer la enorme piedra que convierte el calabozo en una sepultura.

Sospechando algo de lo que acontecía, tuve más cautela que Zaid y no penetré en el calabozo, contentándome solamente con alzar la piedra.

Cuando llegué á ver al negro tendido en tierra y á Elvira y á vuestro hijo libres de sus cadenas, cerré apresuradamente la entrada secreta, y desde entonces no volví á bajar al calabozo ni me atreví á confiar á nadie mi terrible secreto.

—¿De modo que mi infeliz hijo ha perecido de hambre?—preguntó el conde alzando su daga.

—¡Misericordia, Dios mío!

—¡Maldito seas mil veces, infame asesino!

—¡Perdon! ¡perdon!—imploró el alcaide.

—¡Toma el perdon, malvado!

Y así diciendo, el conde sepultó su daga en el pecho del asesino de su hijo, que espiró en aquel mismo instante.

El conde de Andrade bajó apresuradamente al calabozo secreto de su castillo derramando lágrimas de desesperación.

En aquella lóbrega estancia halló los tristes restos de Mauro estrechamente abrazados á los de Elvira.

A partir desde aquel día, el desventurado conde no tuvo un momento de sosiego, y víctima de una melancolía profunda que nada podía mitigar, no tardó en ir á ocupar una tumba en el panteón de sus mayores.

El castillo de Andrade, convertido hoy en una ruina como dije al principio de esta leyenda, es un lugar de espanto para los moradores de los pueblos circunvecinos, que dieron en llamarle *El Castillo del hambre* desde tiempos muy remotos.

Nadie pasa por enfrente de aquellas ruinas sin rezar un Padre nuestro por el descanso eterno de los desventurados amantes, muertos tan horriblemente.

ANTONIO DE SAN MARTIN.



HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

La curiosidad se presentó en auxilio de las casualidades.

La joven hubiera querido saber quién era aquel hombre que decía con los ojos lo que no se permitía expresar con los labios.

Y como quería saberlo, hizo lo posible para averiguarlo, y al fin lo averiguó con ayuda del señor Policarpo, que en aquella ocasión dió pruebas de ser muy astuto.

No hay que decir que eran falsas, aparentes las pruebas de astucia del buen sastre, pues el lector comprenderá por qué fácilmente pudo ayudar á la joven para averiguar quien era el caballero de las ardientes miradas.

Sabemos ya que el señor Policarpo estaba en relaciones con el hijo de la condesa, relaciones que hasta cierto punto pueden calificarse de íntimas.

Sintióse Consuelo poseída de terror al conocer el ilustre nombre del caballero, al saber que este debía ser heredero de una gran fortuna y de un título nobiliario.

Ella no tenía nombre, ni siquiera plebeyo; no contaba con otra riqueza que el fruto de su trabajo, y no podía envanecerse más que con su virtud.

La joven, que era juiciosa, entró en reflexiones sobre su situación, pensando que no era posible que quisiese ser su esposo un caballero de tan noble estirpe como Leandro, y claro es que no queriendo unirse á ella con lazos indisolubles debía obedecer á intenciones nada santas.

Empero aún suponiendo lo más agradable, lo mejor, lo más santo, el joven encontraría en sus padres un obstáculo invencible, y además de sus padres miraría con cierto respeto y con bastante temor al mundo, que en sus preocupaciones debía condenar aquel casamiento y mirar con desden al que había llevado su debilidad hasta el punto de bastardear su sangre.

Angustia mortal sintió la pobre niña, y una noche se pasó sin que le fuese posible cerrar sus ojos al sueño, llorando unas veces, y otras entregándose á los trasportes de la desesperación.

Todo esto era una prueba de que amaba con uno de esos amores inextinguibles.

Una y otra vez juró que olvidaría al hermoso caballero de las miradas ardientes, haciendo propósito firme de volverle la espalda cuando la picara casualidad se lo pudiese delante.

¡Vanos esfuerzos!

¡Propósitos inútiles!

Consuelo amaba, y su corazón era esclavo de sus sentimientos.

Pedia consejos á su cabeza, y era esclava de su propio corazón.

El corazón es un tirano que no transige y que mata cuando no consigue hacerse obedecer.

Pálida, ojerosa, triste y meditabunda levantóse al otro día la desgraciada joven.

Su madre la miró, comprendió que su hija sufría, y sufrió también, pero no pudo hablar, y quiso con los ojos hacerse entender.

Tal vez Consuelo comprendió que su madre le pedía explicaciones; pero hizo como que no lo comprendía, porque se horrorizaba á la sola idea de tener que revelar el secreto de su desdichada pasión.

Esforzose para sonreír, pero sus sonrisas estaban impregnadas de tristeza.

Se puso á trabajar y lo hizo fúrilmente.

Buscó un pretexto para no salir, y una vecina le llevó lo que necesitaba para comer.

Así evitaba encontrarse con Leandro.

¡Cuánto debió sufrir la pobre madre!

Cuando el sol se ponía, ya la joven había concluido su tarea.

Tenía que entregarla al señor Policarpo, y bajó hasta el portal para buscarlo tras su biombo.

No estaba solo el sastre.

Su silla la ocupaba un embozado, que levantó la cabeza y fijó la mirada en la joven.

Ella quiso retroceder, pero no pudo.

Exhaló un grito y se escapó de sus manos la prenda que había cosido.

Aquel hombre era Leandro.

Nunca tuvo el mejor ocasión para decir lo que sentía, puesto que Consuelo no era dueña de moverse, y mal que la pesase había de escuchar.

Sin embargo, el hijo de la condesa se puso en pie como impulsado por un resorte.

No quiso abusar de su ventajosa situación, y apenas mirando á la joven habló aquella vez, aunque concretándose á decir con voz alterada:

—Perdonad.... No es culpa mía.... Dios os guarde.

Y salió del biombo y se lanzó fuera del portal como si lo impulsase un vertigo.

El señor Policarpo fué y vino de un lado para otro sin saber qué hacer ni qué decir.

Por fin Consuelo rompió el silencio murmurando:

—¡Ah! teneis....

—¿Que es esto?—dijo el sastre recogiendo la prenda que había caído.—¡Ah!... Ya se... espera, hija mía, espera ahí.... no es la cul-

pa de mi ilustre parroquiano, ni tuya tampoco, ni mucho menos mía, sino de la casualidad, porque es preciso que sepas que las casualidades representan en este pícaro mundo un gran papel. Tu no tienes tanta experiencia como yo, que si la tuvieras.... ¡Oh!... Pero bien pensado no encuentro que haya sucedido nada que sea motivo suficiente para afligirte y ponerte como te has puesto. Siéntate, Consuelo, sóségate y escúchame, porque es preciso que de una vez concluyan estos endiablados enredos, aunque no se si enredo debe llamarse á lo que hace el demonio de la casualidad; pero sea como fuese, ello es que yo me encuentro en grandísimo apuro, porque tú pensarás lo que te se antoja, y no sé lo que por su parte dirá el señor don Leandro; y aunque el asunto parece muy sencillo, estoy viendo venir muy graves consecuencias.

No sabemos hasta cuándo el buen sastre hubiera continuado sus reflexiones, pues cuando empezaba á hablar no sabía concluir; pero le interrumpió Consuelo diciéndole:

—Señor Policarpo, no encuentro la gravedad del asunto, ni asunto siquiera.

—Así son las mujeres.

—¿Qué ha sucedido para que digais lo que acabo de oír?—replicó la joven, que se había repuesto y era ya, hasta cierto punto, dueña de su razón.

—Has venido; ese caballero se encontraba aquí hablándome de unas libreas que quiere hacer á sus criados para que las estrenen el primer día de Pascua de Navidad.

—No niego que me sorprendi.

—Te has quedado como una estatua.

—Y él ha comprendido mi sorpresa y mi turbación.

—Porque tiene mucho talento, mucho.

—Y queriendo mostrarse cortes hasta el último punto, se ha levantado y se ha ido.

—Pero ha dicho....

—Que no era culpa suya el que nos viésemos aquí.

—Consuelo, es preciso que hablemos.

—Señor Policarpo, sois mi mejor amigo, y más de una vez habeis hecho conmigo las veces de padre.

—Lo cual significa que para mí no tienes secretos.

—Guardar secretos para vos, sería ofenderos gravemente.

—Más que la mía, estimo tu honra,—dijo el sastre.

Y no menta, porque se hubiera dejado matar por Consuelo.

Esta, que apenas podía sostenerse, sentóse al fin.

El portal empezaba á quedar entre tinieblas, circunstancia que daba á la infeliz joven más valor para hablar con franqueza.

La vergüenza no es la misma á oscuras que con luz; y esta observación, que parece de poquísima ó ninguna importancia, tiene mucha y no debe olvidarse en ciertos casos.

Ni siquiera pensó el buen Policarpo en la falta de luz.

—Ya veis,—dijo Consuelo,—que la casualidad ha hecho que muchas veces me encuentre con ese hombre.

—Una casualidad te lo hizo conocer.

—Y desde entonces y por mi desdicha parece que una mano misteriosa nos lleve al uno hacia el otro.

—¿Por tu desdicha!

—Sí,—dijo con voz ahogada la joven.

—No lo entiendo.

—Ningún motivo de quexa me ha dado ese caballo, o, pues lo del bolsillo la primera vez que lo vi....

—Lo hizo con la más sana intención.

—Tuve curiosidad de saber quién era.

—Acudiste á mí, observé, averigüé....

—Y cuando me dijisteis su nombre....

—¿Qué te ha sucedido?

—¡Dios mío!

—Pero....

—E-ty horrorizada..

—Pues, señor, repito que no lo entiendo.

—Señor Policarpo, compadecedme.

—Y por qué?

—La noche pasada no he podido dormir.

—¿Y qué tiene que ver tu sueño con el señor don Leandro de Sandoval?

—Aun no me comprendéis?

—No, hija mía, pero tus palabras empiezan á ponerme en grandísimo cuidado.

—Quiero olvidar á ese hombre, quiero olvidarlo,—dijo la joven con el acento de la desesperación.

El buen sastre guardó silencio por algunos minutos.

No podemos decir lo que su semblante expresaba, porque la oscuridad era absoluta.

—Pues si en olvidarlo,—dijo al fin,—pones tanto empeño, claro está que piensas en él á todas horas, ó por lo menos más de lo que te conviene.

La contestación de Consuelo fué un suspiro, contestación demasiado elocuente en aquellos momentos.

El señor Policarpo prosiguió:

—Mi conciencia está tranquila, porque no es culpa mía que la necesidad te obligase á ir á casa de la señora condesa, ni que el ama de gobierno te recibiese tan mal, ni mucho menos que tú rechazases un bolsillo lleno de oro, lo cual dió al señor don Leandro la más alta idea de tu virtud y de la grandeza de tu alma.

—No os acuso.

—Y es el caso que al ilustre caballero le sucede lo mismo que á ti, pues se empeñó en olvidarte y no ha podido, y te encuentra cuando no te busca, y contra su voluntad te busca cuando no te ve, y entre propósitos y luchas pasa una vida de agitación y tormento que no debe envidiarse.

Sin saberlo acababa el señor Policarpo de pintar una pasión con los más vivos, agradables y exactos colores.

En aquellos momentos sentía, y el sentimiento sublimaba su inteligencia.

No hablaba entonces como un hombre sencillo.

Sus palabras produjeron el mismo efecto en Consuelo que produce el combustible que se añade á la hoguera, ó para decirlo con más exactitud, el efecto mismo que el soplo que aviva el fuego.

Ella amaba ciegamente, pero también era amada.

Las preocupaciones sociales abrían un abismo entre aquellos dos corazones; pero en cambio la pobre, la humilde, había sido mirada con respeto profundo por el poderoso caballero.

Y el respeto de este significaba que reconocía á la virtud tanto valor por lo menos como á la nobleza de cuna.

La mujer, cualquiera que sea su condición social, quiere ser considerada, y Consuelo había sido objeto de las más delicadas consideraciones.

En vano buscó heridas en su amor propio, pues ninguna herida había recibido, sino que por el contrario motivos tenía para estar muy halagada.

Aunque las intenciones del hijo de la condesa fuesen las mejores del mundo, ¿qué fin debían tener aquellos amores?

Ninguno bueno, porque siempre se abriría un abismo entre los dos desdichados amantes.

Admirablemente había pintado el buen sastre un amor sublime, y sin darse tampoco cuenta de ello, Consuelo había revelado el secreto de su intensa pasión.

Y era forzoso que hablasen con franqueza.

Tal vez todo esto estaba previsto por Leandro, y más que previsto, preparado hábilmente.

Una vez excitado el sentimiento del buen sastre, no era posible que se encerrase en los límites de la prudencia, y sin ocuparse de lo

trascendental de sus palabras, prosiguió diciendo:

—Loco de amor está el ilustre caballero, y loco hasta el punto de haberse negado resueltamente á dar su mano á una mujer, que sobre ser joven, virtuosa y un prodigio de hermosura, tiene un nombre ilustre y debe heredar una gran fortuna.

Amparo dejó escapar un gemido doloroso. Sufrió horriblemente.

El sastre añadió:

—Verdad es que esa joven ilustre no está enamorada del señor don Leandro, y por consiguiente la negativa de él no ha podido hacerle á ella mal alguno, y quizá con el tiempo se sepa que le ha hecho un beneficio, como es posible si ella se interesa por otro.

—Debo olvidarlo,—dijo Consuelo.

—Y el quiere olvidarte.

—No volveremos á vernos.

—¿Has contado con las casualidades?

—Y si lo veo....

—Consuelo, no soy de tu opinión. Lo que sucede es una gran desgracia; pero esta clase de desgracias no se remedian así.

Por más que la joven no quisiera confesarlo, era lo cierto que demasiado bien comprendía que lo de olvidar al hermoso caballero era un imposible, ó tan difícil por lo menos que quizá sus fuerzas no bastarian para conseguirlo.

¿Pero dónde estaba el remedio de que hablaba el señor Policarpo?

Ella no lo veía.

Guardó silencio la joven y siguió escuchando, sin acordarse de que el tiempo pasaba, de que su madre la echaba de menos y se pondría en muy gran cuidado.

—Lo que hay que hacer,—dijo el sastre después de algunos minutos,—es que no por casualidad, sino intencionadamente, veas al ilustre señor don Leandro.

—¿Verlo!—exclamó como si se horrorizase la infeliz hija de Mariana.

—Ni más ni menos.

—¿Habeis perdido la razón?

—Tú eres la que estás trastornada con estos endiablados amores.

—¿Pues no opináis que debemos olvidar el uno y el otro, y que á los dos nos conviene hacerlo así?

—Pero lo que á mí me estás diciendo debes decirselo al señor don Leandro, y él á ti decirte lo que me ha r pedido tantas veces. Tú le harás comprender que aspira á un imposible, y él te convencerá de que no desea más que tu bien, y que las circunstancias le obligan á huir de ti.

—¿Y por qué no huye?

—Ya sabes que no te busca.

—Lo que yo haya de decirle, podeis decirselo vos.

—¿Yo!

—¿Qué inconveniente encontráis para hacerlo?

—Libreme Dios de semejante cosa.

—Señor Policarpo....

—Tú no sabes cómo está el pobre caballero. He querido algunas veces hacerle reflexiones y convencerlo de que jamás podrá conseguir lo que desea, y el infeliz se ha puesto pálido como un difunto, y unas veces lo he visto tan desesperado que era capaz de cometer cualquiera locura, así como otras veces lo he visto llorar.... ¡Oh!... Sí, Consuelo, llorar como un niño.... No, no tengo corazón para esas cosas, y además si en su arrebatado hace un desatino cualquiera, mi conciencia no quedaría tranquila.

No faltaba más que esto para que la joven se interesase doblemente por el hijo de la condesa, porque doblemente interesante se hace la persona amada cuando sufre. Creeríase que intencionadamente hablaba así el señor Policarpo; pero todo ello lo decía con la mayor sencillez y sin apreciar las consecuencias.

No se había propuesto el buen sastre favo-

recer al hijo de la condesa contra lo que á la jóven conviniese, por más que quisiera protegerlo y creyera que era una fortuna que á él se le hubiera buscado para representar el papel que representaba.

—Si te decides,—prosiguió diciendo el buen sastre,—hablarás con el señor don Leandro en mi presencia, para que así nada pueda temer tu escrupuloso recato, y me parece que quedareis más tranquilos despues que se hayan desahogado vuestros corazones.

—No, no,—replicó vivamente Amparo.

—Pues entónces siga el asunto como está, y si sufres mucho tendrás paciencia.

Las ideas de la jóven cambiaron repentinamente.

Púsose en pie, cogió una de las manos del sastre, la estrechó fuertemente, y le preguntó:

—¿Quién es esa dama con quien debía casarse don Leandro?

—No lo sé.

—¡Oh!....

—Pero tal vez quiera él decirme.

—Sí,—repuso Consuelo con voz reconcentrada,—preguntádselo, porque tengo curiosidad....

—La picara curiosidad nos ha perdido.

—Y mañana me direis.....

—Espera, que aún no hemos concluido.

—¿Y mi madre?

—Es verdad.... ¡Vive el cielo!.... y la noche ha cerrado, estamos á oscuras, hablamos á gritos y no sabemos si algun otro curioso, tan curioso como tú, se ha puesto á escuchar.

—¡Dios mío!

—Vete, Consuelo, vete.

—Mi madre infeliz no puede preguntarme, pero con la mirada me pedirá explicaciones sobre mi tardanza en volver.

—Puedes decirle que yo estaba ocupado, que te has visto obligada á esperar, y....

—No lo creerá.

—Toma el dinero de tu trabajo, y si tu madre se disgusta, yo le diré que soy el culpable.

El señor Policarpo sacó una moneda de plata que puso en las manos de la jóven.

Esta corrió, subiendo y entrando en su habitación.

Oyó un gemido, y comprendió que su madre se impacientaba y sufría.

Apresuróse á encender luz.

La señora Mariana fijó en su hija una mirada penetrante.

El rostro de la jóven decía claramente lo que la infeliz sufría.

No era menester más que mirarla para comprender que una borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Además, el llanto había dejado sus inequívocas huellas.

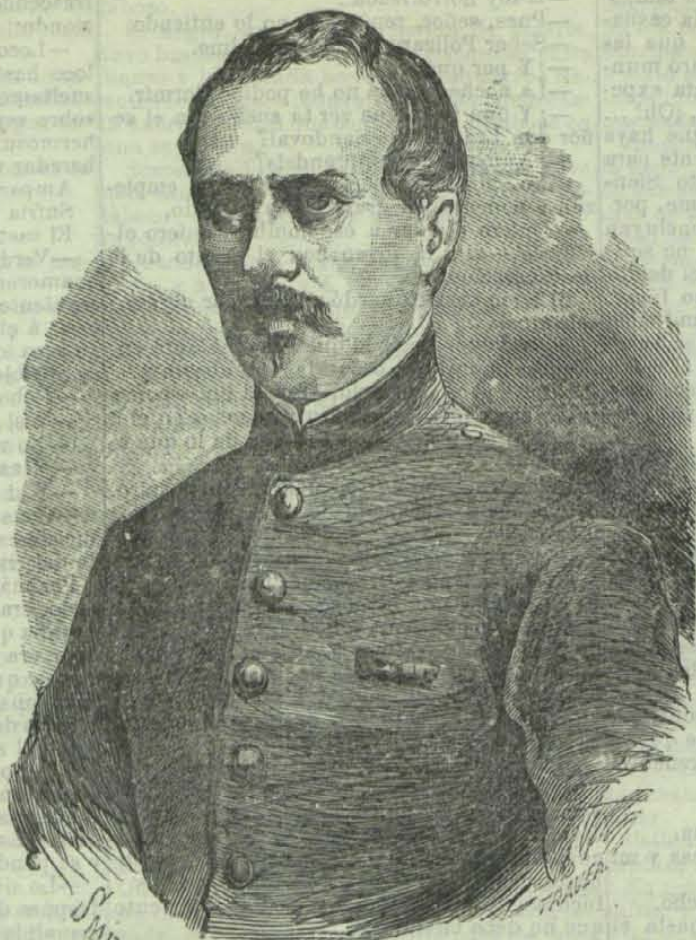
(Se continuará.)

EL VESUBIO.

I

Su antigüedad.—Su situación.—Erupeion del año 79 de la Era cristiana.—Destruccion de Pompeya y Herculano.—Muerte de Plinio el Viejo.

Muchos siglos ántes de la venida de Jesu-cristo, los romanos tenían ya noticia de que el Vesubio, entónces aparentemente apagado,



General Echagüe

había estado en actividad en épocas remotas; pero el recuerdo de aquellas erupciones antiquísimas llegaba á ellos como una especie de tradicion semifabulosa imposible de reproducirse, y los alegres campesinos habitaban tranquilamente los deliciosos pueblecitos contruidos en las pendientes del monte, coronado por las aberturas del cráter.

El Vesubio está aislado en la llanura de Nápoles, y tiene unos mil doscientos metros de altura sobre el nivel del mar.

Diodoro de Sicilia, en su narracion del viaje de Hércules á Italia, habla de un monte que como el *Etna conserva grandes vestigios* de pasadas erupciones; y Plutarco, Strabon y otros, al ocuparse del Vesubio aseguran que la cima del monte era fácilmente abordable, y que no creen posibles nuevas erupciones.

Desde el año 67 de la Era cristiana empezaron á sentirse en la Campania terribles temblores de tierra, que despues de haber estremecido la comarea durante doce años, terminaron con aquella formidable erupcion, terror y espanto de las generaciones, que sepultó bajo su manto de fuego las ciudades de Pompeya, Herculano y Stabio, y en la que feneció tambien, victima de su celo, el sabio y famoso Plinio el naturalista.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de aquella espantosa catástrofe, vamos á trascribir aqui la carta que Plinio el Jóven dirige al historiador Tácito al noticiarle la muerte de su tío, victima de su entusiasmo y de su amor á la ciencia:

«Me pedis (le dice) que os suministre todos los datos posibles acerca de la muerte de mi tío, á fin de transmitirlos fielmente á la posteridad, y os doy mil gracias, porque de ese modo veo asegurada para él una gloria imperecedera.

«Dichosos los hombres que ejecutan cosas

dignas de ser escritas, ó que escriben obras dignas de ser leídas. Mi tío tendrá su rango entre los grandes hombres; sus hechos serán inmortalizados por vos, por él y por los suyos, y yo acepto gustoso la tarea que me imponeis, ó por mejor decir, la reclamo.

«Hallábase mi tío en Miseno, como comandante de la flota que fondeaba en aquellas aguas, cuando una hora despues de mediodía del 23 de Agosto del año 79 fué advertido por mi madre que observaba una nube extraordinaria y de rara forma que parecia salir de un elevado monte. Despues de haber permanecido, segun costumbre, algun tiempo al sol, y de haber tomado su correspondiente baño de agua fria, se habia tendido sobre su lecho, donde á la hora de la siesta se entregaba á su estudio favorito.

Sorprendido por aquella noticia, se levantó y salió de casa, dirigiéndose á un punto elevado para observar mejor el fenómeno. Aunque la nube se elevaba en los aires abarcando tal extension que no podia percibirse de donde salia, mi tío comprendió desde luégo que procedia del monte Vesubio. Aquella nube, extraña por su magnitud y su forma, tenia la figura de un pino gigantesco, elevándose en el aire como un inmenso tronco, cuya cabeza se extendia en colosales ramas, y cuyo pie no se desprendia nunca de la montaña.

«Una corriente subterránea empujaba con impetu aquel vapor ardiente hasta cierta altura, donde la nube, oprimida por su propio peso, se extendia por la superficie de los cielos.

La nube aparecia tan pronto blanca como negra, tomando diferentes colores, á medida que se cargaba más de tierra ó de ceniza.

Este prodigio sorprendió de tal manera á mi tío, que dejándose arrastrar por su celo científico, no pensó ya más que en examinar de cerca tan curioso fenómeno. Haciendo aparecer al momento una ligera nave me invitó á seguirle, dejándome, sin embargo, en completa libertad; pero yo me excusé diciéndole que preferia quedarme estudiando y concluyendo la copia que aquella misma mañana me habia encomendado.

«En el momento en que lleno de entusiasmo se disponia para salir, recibió una carta de Rectina, mujer de Cæsius Bassus, que espantada por la inminencia del peligro (la casa de Bassus estaba situada al pié del Vesubio, y no podia huir más que por mar) le rogaba le prestase auxilio.

«Emprendiendo entónces por abnegacion lo que ántes hacia sólo por amor á la ciencia, hizo preparar al momento algunas barcas, y subiendo á la primera se dirigió á socorrer á Rectina y á otras muchas personas que con ella peligraban, con la alegría del guerrero que al volar al combate se embriaga con la idea de su próximo triunfo.

«Al dirigirse hácia los peligrosos sitios de donde todos huían, Plinio tenia tan sereno su espíritu, que léjos de experimentar el más ligero temor dictaba con voz enérgica la descripcion de los diversos accidentes y de los rápidos cambiantes que el fenómeno ofrecia á sus ojos.

«A medida que se acercaba hácia la montaña, volaba sobre las barcas una espesa niebla de cenizas calientes mezclada de piedras y escombros.

«Mi tío permaneció un momento indeciso; pero recobrando instantáneamente su valor, respondió al piloto que le instaba para que se volviese á Miseno:

—La fortuna favorece á los valientes; conducidnos á casa de Pomponiano.

«Pomponiano estaba en Stabia, al otro lado de un pequeño golfo formado por un recorte de la playa.

«Allí era donde al ver que el peligro, lejano todavía, se acercaba por momentos, Pomponiano había hecho trasladar todos sus muebles y alhajas á los bajeles, que sólo aguardaban un viento más favorable para hacerse al mar.

«Favorecido por aquel mismo viento, para ellos contrario, mi tío logró llegar hasta casa de Pomponiano, al que encontró anonadado por el terror que le inspiraba el creciente peligro: le tranquilizó, le abrazó, y para disipar por completo su miedo, tuvo la energía de hacer que le condujesen á la sala de baño.

«Después del baño se sentó á la mesa y comió alegremente, ó al menos mintió con su poderosa fuerza de ánimo todas las apariencias de una verdadera alegría.

«Entre tanto, resplandecían en diferentes puntos del Vesubio grandes llamaradas, que aparecían en medio de las tinieblas como una inmensa hoguera.

«Para tranquilizar á los que le rodeaban, mi tío les decía que eran casas de campo abandonadas por los fugitivos. En medio de aquella horrible zozobra, se acostó y durmió con tal tranquilidad, que se oía desde la puerta el ruido de su respiración uniforme y acompasada.

«Mientras que aquel hombre extraordinario se hallaba sumido en un profundo sueño, el patio que servía de entrada á su aposento empezaba á llenarse de piedras y ceniza, y á poco que se hubiese detenido le hubiera sido imposible salir.

«Despertado á toda prisa por los esclavos, se levanta y vuela á reunirse con Pomponiano y sus compañeros, que deliberaban sobre si convendría más encerrarse en la casa ó huir por los campos.

«Las casas y demás edificios, desquiciados por los violentos temblores de tierra que se sucedían sin interrupción, aparecían como arrancados de sus cimientos, oscilando en todos sentidos, y amenazando sepultarse á cada instante.

«Por otro lado, fuera de la población era inminente el peligro por la nube de piedras calcinadas que caía sin cesar. Sin embargo, entre los dos peligros optaron por este último.

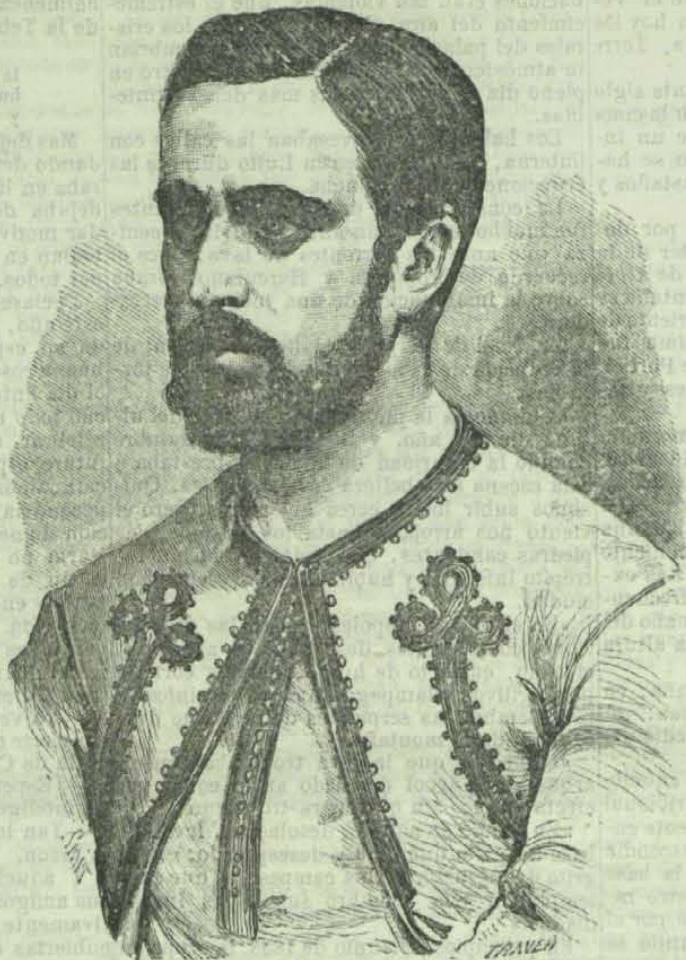
«En el ánimo de mi tío, la razón más fuerte prevaleció sobre la más débil; en el de los demás, un temor dominaba al otro.

«Ataron las almohadas alrededor de la cabeza, y provistos de aquella nueva especie de escudos, salieron por entre la espantosa lluvia de piedras.

«Aunque era ya la hora del amanecer, reinaba la más sombría oscuridad, surcada por relámpagos y exhalaciones eléctricas.

«Se acercaron á la playa para ver si la mar les permitía aventurar una tentativa, pero la encontraron más bravia y tempestuosa que nunca. Entonces mi tío se acostó sobre un paño de lana tendido en el suelo, pidió agua fría y bebió dos veces.

«De repente, el cercano resplandor de las



D. Alfonso de Borbon y Austria de Este.

llamas y un sofocante olor á azufre hicieron huir á todos, debandándose hacia diferentes puntos. Inspirado por el instinto de la propia conservación, mi tío pensó huir también; pero en el momento en que se levantaba, apoyado en dos esclavos jóvenes, cayó muerto sin pronunciar una palabra.

«Aquel humo denso y pestilente sofocó la respiración de su pecho débil y fatigado, asfixiándole instantáneamente.

«Cuando tres días después brilló de nuevo la luz, se encontró su cuerpo completamente entero y sin la menor herida. Sus vestidos en perfecto estado de conservación, y su actitud era más bien la del sueño que la de la muerte.»

A los curiosos pormenores de esta carta, considerada como el documento más preciado de cuantos se refieren á la destrucción de Pompeya y Herculano, réstanos añadir que, según Mr. de Sainte-Claire, ilustrado explorador de los volcanes, en el momento en que el Vesubio entra en actividad, un torrente de lavas, cenizas y materias encendidas corre por sus fisuras transversales en forma de estrella, y que dos de estas fisuras corresponden precisamente á los puntos en que se hallaban situados Pompeya y Herculano, sepultados bajo un río de fuego y de cenizas candentes.

Hasta mediados del último siglo estuvo ignorado el sitio que habían ocupado las ciudades destruidas; pero una serie de exploraciones científicas permitió al fin encontrarlas, pudiendo hoy admirarse en nuestros Museos todo lo que constituía la vida de aquel pueblo, conservado en su lecho de lava y ceniza durante diez y ocho siglos.

A la par de los bellísimos monumentos de aquella pequeña Roma, y de mil y mil objetos de arte, exhumáronse también muchos

cuerpos humanos en las más dolorosas actitudes.

Las cenizas, humedecidas por el vapor de agua, modelaron y envolvieron perfectamente los cuerpos en el momento de espirar, y por un procedimiento sencillo han podido reproducirse en yeso copias exactas.

Nada más sorprendente y doloroso que la vista de aquellas estatuas, arrancadas á la lucha de la fragil naturaleza humana con la implacable muerte; porque no son estatuas, sino cuerpos humanos modelados por el Vesubio, conservando, á través de los siglos sin el menor detrimento, el esqueleto, las carnes, los vestidos, y hasta pudiera decirse la vida.

Los huesos desnudos sólo se encuentran en los puntos elevados adonde no llegaron las corrientes. No existe en parte alguna un espectáculo semejante. Las momias egipcias, como las que se exhibieron en la Exposición del Botánico en Madrid, procedentes de las costas del Pacífico, se hallan desnudas, negras, horribles, y su actitud está arreglada y compuesta para el reposo eterno en una posición religiosa; pero las momias pompeyanas son otros tantos seres humanos sorprendidos en el lleno de la vida, y modelados en el momento de espirar, con toda la triste expresión de su dolor y de su angustia.

II

Erupciones desde la destrucción de Pompeya hasta nuestros días.

Después de la gran erupción del año 79 de la Era cristiana (considerada por todos los historiadores como la primera de que se tiene noticia), ocurrió la segunda en el año del Señor 204, reinando el emperador Septimio Severo.

«En aquel tiempo (dice el historiador Dion), apareció un gran fuego sobre el monte Vesubio, y hubo un ruido tan espantoso que se oyó en Cápua.

Vióse en este prodigio el anuncio de algun gran acontecimiento; y la desgracia de Placiano, favorito del emperador, confirmó esta creencia.»

La tercera erupción tuvo lugar en 472; y si hemos de creer á los historiadores de aquel tiempo, las cenizas llegaron hasta Constantinopla y Tripoli.

De la cuarta, ocurrida en 512, no tenemos otro dato que la carta que el rey Teodorico escribió á Fausto ordenándole averiguase los daños que acababan de sufrir los habitantes de Nola y Nápoles con la erupción del volcán, á fin de eximirles de una parte de los impuestos.

La quinta, en 685, en que el volcán, fatigado de su titánica lucha, durmió un prolongado sueño de tres siglos, despertando con nueva furia en 993, 1036 y 1136, y durmiéndose de nuevo hasta fines del siglo xiv, en que se renovó el fenómeno con una furia tal que no había tenido ejemplo desde la destrucción de Pompeya.

Al amanecer del 16 de Diciembre del año de 1500, y después de seis meses de continuos temblores de tierra que tenían atemorizada toda la Campania, comenzó á salir del cráter del volcán espesísima nube de humo, precursora casi siempre de las erupciones. Desde la una del día hasta las siete de la tarde, el suelo de Nápoles amenazaba hundirse por todas partes. A las nueve de la mañana brotó del cráter un inmenso torrente de

lava, que subdividiéndose en mil arroyos se extendió por toda la pendiente desde el Vesubio al mar. Sobre esta lava están hoy los pueblecitos de Torre dell'Anunciata, Torre del Greco, Resina y Granatello.

El volcan se calmó de nuevo durante siglo y medio, y á principios del siglo xvii la cima del monte habia tomado la forma de un inmenso plato prolongado, cuyo fondo se hallaba cubierto de antiguos robles, castaños y circes reales.

En el mes de Diciembre de 1631, por debajo del vasto foso que separa el cráter de la cima, y que se conoce con el nombre de *Atrio del caballo*, una gran parte de la montaña se hundió de repente, y la inmensa corriente de lava que brotó de aquella horrible sima fue á precipitarse en el mar más allá de Portici. despues de haber destruido los buques y caseríos que encontró á su paso.

En el mes de Mayo de 1737, la montaña apareció cubierta de humo desde el 16 al 19, oyendose grandes ruidos subterráneos acompañados de fuertes detonaciones, y el 20 á las nueve de la mañana, el volcan hizo una explosión tan fuerte, que el estremecimiento se hizo sentir á más de doce millas. Las explosiones continuaron cada vez más frecuentes, arrojando piedras de enorme tamaño del aluvion de humo y de cenizas á una altura de más de una milla.

A las ocho de la noche, la montaña, en medio de las más violentas sacudidas, reventó de repente por el costado de Mediodía, á una milla de distancia de su cima.

Un caudaloso rio de fuego brotó de aquella nueva abertura, y toda la parte meridional de la montaña apareció instantáneamente encendida. Aquel torrente inflamado descendia con una anchura de una milla hasta la base de la montaña, dividiéndose en cuatro ramales, de los que el primero se lanzó por el camino de Torre del Greco, el segundo se extendió por el valle, el tercero siguió á precipitarse en el mar, y el cuarto terminó á poca distancia de la nueva abertura.

A la par que esta nueva boca, la cima vomitaba una prodigiosa cantidad de enormes piedras ardientes, arrojándolas á una altura inmensa en medio de una densísima nube de humo y ceniza, y acompañadas de relámpagos y de espantosos truenos.

La salida de estos materiales inflamados duró hasta el otro día, en que cesaron los truenos y relámpagos, soplando un viento Sudoeste que trasportó las cenizas hasta los límites del reino. En unos parajes, estas cenizas eran finas; en otros, gruesas como granos de arena, y en las inmediaciones del Vesubio cayó una terrible granizada de piedra pómez.

Los daños que esta erupción causó en las inmediaciones comarcanas fueron terribles. En Ottajano, situado á cinco millas del Vesubio, las cenizas se elevaron á cuatro pies de altura; todos los árboles quedaron abrasados, y las casas se hundían bajo el peso de las piedras y cenizas.

El embajador inglés, sir William Hamilton, ha hecho interesantes estudios sobre el Vesubio en la erupción de 1797, de que fue testigo.

Un torrente de fuego de mil quinientos pies de anchura y catorce de profundidad recorrió tres millas y media desde la montaña al mar, penetrando en este sin apagarse hasta más de seiscientos pies de la orilla.

El embajador se hizo conducir en una barca hasta la orilla de esta barrera de fuego. A la distancia de trescientos pies, el mar hervía, y en más de dos millas de distancia perecieron todos los peces.

En 1822, la erupción fue precedida de un hundimiento en la cima del volcan. El cono, que se alzaba del fondo del cráter á una altura de doscientos metros, se hundió de repente en la noche del 22 de Octubre en medio de una detonación horrorosa.

Esta erupción duró doce días, y las detonaciones eran tan violentas, que el estremecimiento del aire alcanzó á romper los cristales del palacio Portici. Las cenizas cubrían la atmósfera, y toda la costa se encontró en pleno día envuelta en las más densas tinieblas.

Los habitantes atravesaban las calles con linterna, como acontece en Luito durante las erupciones del Pinchincha.

La consternación de aquellos habitantes fue mucho mayor aún ante la lluvia de ceniza que ante los torrentes de lava, pues el recuerdo de Pompeya y Herculano obraba sobre la imaginación de una manera aterradora.

Mr. Noel de Vergers, testigo presencial de la erupción de 1839, la describe en estos términos:

«Subimos á la montaña en la tarde del último día del año, y llegamos á la cumbre cuando la oscuridad de la noche prestaba á esta escena una belleza casi espantosa. Quisimos subir hasta cerca del cráter, pero el viento nos arrojaba hasta los mismos pies piedras candentes, que rodaban con un estrépito infernal, y hubimos de volvernos á la ciudad.

«En el mismo Nápoles se oían las detonaciones como fuertes descargas de artillería: el cielo, cubierto de humo, se veía cortado por fugitivos relámpagos, á cuya luz siniestra reverberaban las serpientes de lava que descendían de la montaña.

«A medida que la lava tropezaba con un arbusto, el árbol ó viñedo ardía como por efecto mágico sin quedar rastro alguno.

«En medio de aquella desolación, levantábase un grito unánime y desesperado; era el grito de angustia de los campesinos que contemplaban con asombro sus viñas incendiadas.»

En principios de Junio de 1838, la erupción del Vesubio, que se habia iniciado á fines de Mayo, adquirió nueva violencia, abriéndose cinco nuevas fisuras en los bordes del cráter, que por espacio de diez días estuvieron arrojando torrentes de lava. ¡Espectáculo magnífico, que los extranjeros acudían ansiosos á contemplar exponiéndose las más veces á ser arrollados por aquellos rios de fuego!

Después de esta erupción no ha ocurrido ninguna otra que merezca ser detallada, aunque Mr. Palmieri, director del Observatorio construido en el Vesubio, ha descrito minuciosamente la que tuvo lugar en Torre Greco en 1861, y un sabio naturalista la de 1871, de la que nos queda como recuerdo una gran meseta de lava situada cerca del Observatorio.

Descritas ya las erupciones más notables que registra la historia del Vesubio, ocupáremos en el próximo artículo de la que acaba de tener lugar en la noche del 25 de Abril próximo pasado, y que está llamando con justicia, la atención de todos los sabios y naturalistas de Europa.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Madrid 23 de Mayo de 1872.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

TERCERA PARTE.

(Continuación.)

Es curioso y notable lo que vamos á decir. La fe religiosa de nuestros padres ponía siempre esta estampa en el lugar del hogar. Hay en esta una piedad tan pura que encanta.

Aun hoy, en la mayor parte de las casas

de labradores de Guadix, se ostenta bajo la chimenea la venerable imagen del cenobita de la Tebaida con estos versos al pie:

En la casa donde está
la imagen de San Antonio,
huye el fuego y el demonio,
y nunca se quemará.

Mas dejando esto á un lado, proseguiremos dando detalles sobre la fiesta que se preparaba en la casa de Pedro Avellan, la cual no dejaba de causar ruido en el vecindario y dar motivo á algunas hablillas inocentes que tenían en sí un fondo de verdad reconocido por todos.

Decíase que Pedro habia echado el resto en este año, no solamente por festejar los días de su esposa y dar gracias á Dios por la buena cosecha que habia tenido, sino porque el día ántes habia llegado Carlos Fuster hecho todo un doctor en leyes, y era necesario celebrar este acontecimiento en honor del futuro esposo de Ana. Decíase además que esta, dominada por una extraña y tenaz hipocondría, se habia opuesto á semejante función doméstica; pero que tanto Pedro como Maria no habian seguido esta opinión, con el fin de que su hija se distrajese algun tanto y encontrase motivos de contento y satisfacción. Pero fuera de esto lo que fuera, la verdad es que todo estaba en movimiento en casa de Ana, y Pedro habia dicho á su esposa al tiempo de levantarse aquella mañana:

—Ya verás.... ya verás si nuestra hija se convierte en otra de aquí en adelante. La llegada de Carlos Fuster hará este milagro.

—¿Esperas en él?—preguntó Maria fijando su inteligente mirada en su esposo.

—Tan lo espero, que tú misma me darás la razon.

Y aquel matrimonio principió á recibir á sus amigos y deudos, los cuales eran preventivamente obsequiados con sendas bandejas cubiertas de bizcochos y ricas copas de anisete.

Mientras esto sucedía, Ana acababa de recibir una tarjeta, en la que se le rogaba se sirviera pasar á la sala principal de la casa, en donde habia una persona que queria hablarle.

Ana se conmovió ligeramente, tanto porque sabia que Carlos Fuster estaba en Guadix, cuanto porque tenia aquel recado algo de extraño y singular. Fue, sin embargo, inmediatamente á la sala, y entonces se encontró con el presbítero don Fulgencio, aquel digno y leal amigo de Raíael, á quien no habia vuelto á ver desde la noche en que éste le dijo leverse en la *Gaceta* el parte de la batalla de Tetuan.

La austera presencia de aquel joven sacerdote le hizo recordar toda la triste historia de lo pasado, y la obligó á borrar de sus mejillas el suave color de la rosa que las teñía.

No sabiendo qué decir, se contentó con hacer una ligera inclinación de cabeza.

—Buenos días, Ana, buenos días,—exclamó don Fulgencio acercándose á ella.—Perdóname usted que haya venido, siquiera por un instante, á turbar sus satisfacciones más dulces y cariñosas pero un deber imperioso me ha obligado á ello.

Repuesta la joven de su sorpresa, pudo contestar:

—Siempre viene usted á su casa, y más que todo, siempre tiene usted derecho para contar con mi estimación, respeto y amistad.

—Lo sabia, y por eso quedará justificado el paso que doy. Me hubiera sido fácil molestar á los padres de usted sobre el objeto que me trae aquí, pero yo pienso que cualquier beneficio hecho por las manos de usted tiene más méritos á los ojos de Dios.

—Y bien, ¿se trata de algun favor?

—Más aún, de una limosna, de una verdadera limosna.—contestó don Fulgencio.—Sabia que hoy se practica en su casa de usted este acto de sublime caridad, y yo no sé... He tenido el atrevimiento de venir á intere-

sarla en obsequio de una familia completamente desgraciada.

—Desde este momento puede usted disponer de mí y de lo que hay en esta casa. Hablo á usted, don Fulgencio, no solamente en nombre mío, sino en el de mis padres.

—Nunca podía dudar de los sentimientos de usted,—contestó el sacerdote.—Pues bien, voy á tener el gusto de manifestarle de lo que se trata. Por efecto de esos fuertes calores de este verano, uno de esos padres de familia que no tienen más patrimonio que su trabajo, ha sido víctima de un tabardillo, y el pobre hombre entregó su alma á Dios á los catorce días de enfermedad. Su pobre viuda quedó con cinco hijos de menor edad, y cuando principiaba á buscar recursos para su familia, otro tabardillo le ha postrado en cama, y hoy se encuentra luchando con una convalecencia, tanto más penosa, cuanto más escasos son los medios con que cuenta para sostenerse. Resulta de esto, que los pobres niños están hambrientos, la madre carece de alimento para reponerse; puede morir de debilidad, y esto sería horroroso. Ven usted por lo que he venido á interesarla en esta obra de caridad.

Los ojos de Ana se arrasaron de lágrimas al oír este sencillo y ligero relato, y contestó:

—Ahora mismo voy á disponer que se lleven abundantes socorros á esa familia. Mejor dicho, hare que los pongan á la orden de usted para que cumpla con este profundo deber de caridad y de religión.

—Esa limosna se hará en nombre de usted,—contestó don Fulgencio conmovido.—Esa limosna será como un recuerdo de los sentimientos de su corazón.

—No, no,—contestó Ana ruborizándose.—la caridad hecha con ostentación deja de ser caridad. No la haga usted en mi nombre; se lo prohibo terminantemente.

—Entonces, ¿cómo vamos á hacer esto?—preguntó don Fulgencio.

—La caridad tiene mil recursos,—replicó Ana.—Sin embargo.... Espere usted, se me ocurre una idea. Hágase esta limosna en nombre de aquellos que han muerto lejos de su patria, llevando en el alma el profundo dolor de no volver á ella.

Y cuando Ana dijo estas últimas palabras se puso pálida como la muerte.

Este recuerdo, el más tierno, el más delicado, el más triste que podía escaparse de su corazón, hizo estremecer al sacerdote, á aquel sacerdote que era la única persona que amaba y había amado á Rafael.

¿Por qué no pronunciaba Ana este nombre en aquella ocasión solemne? ¿Era por remordimiento? ¿Era por vergüenza? ¿Era por dolor? Acaso era por estas tres cosas juntas. Don Fulgencio adivinó aquel abismo: brilló en sus ojos cierta cosa extraña, y de pronto, como dominado por un pensamiento tal vez triste y doloroso, preguntó:

—Y á propósito ¿cuándo se casa usted, Ana?

Sonrióse ésta amargamente, se puso encendida por algunos instantes, y sin tener conciencia de lo que contestaba, replicó:

—¿Quién sabe!.... Tal vez nunca.

Esta frase era una luz con la que don Fulgencio pudo leer el estado de aquel corazón. Poco después le dió las gracias por su limosna y se alejó de aquel sitio.

XVIII

Time is money, ó lo que es completamente contrario, el tiempo es amor.

En efecto, Carlos Fuster había llegado de Madrid, y se encontraba hecho todo un doctor en leyes. Venía, por consiguiente, envuelto en el prestigio que lleva consigo la ciencia y la corte; prestigio singular, que se ve, se toca y se palpa en cualquier pueblo de provincia. Carlos era además un joven fino, bien educado, de natural elocuencia, y esto au-

mentaba el esplendor que rodeaba al prometido esposo de Ana.

¿Y por qué no hemos de usar de esta frase, cuando el enlace de los dos jóvenes era una cosa acordada y sancionada por sus dos familias? Todo el mundo creía que la tristeza de Ana reconocía, como causa principal, la ausencia de Carlos; nadie podía acordarse del pobre Rafael, muerto oscuramente en una batalla; y por lo tanto, la creencia general era que una vez Carlos en Guadix, Ana recobraría su antigua alegría y su pasado contento.

Este milagro debía, naturalmente, tener efecto en el día de la Asunción.

Su padre lo creía á puño cerrado; sus amigos le daban chanzas sobre lo mismo; sus criados se permitían alguna que otra indicación; todo el mundo, menos su madre, creían de buena fe que la presencia de Carlos Fuster acabaría con aquel extraño *romantismo*.

Ana tuvo valor para resistir tantas indiscreciones, y lo que es más, para no descubrir el verdadero estado de su corazón. Casi hizo creer que el interés que tenía por Carlos era lo que tanto la había molestado.

Así se pasó parte de aquel día, hasta el momento en que el mismo Carlos se presentó en la casa de su futura esposa.

Este momento era demasiado crítico. La misma Ana sintió latir con violencia su corazón, y rogó á sus amigas, las hijas de don Cándido de los Ríos, que no la abandonaran en aquel instante.

Carlos se presentó tranquilo, risueño, elegante, pero pálido. Saludó á todos, miró á Ana por algunos instantes, la encontró mucho más hermosa que la había dejado, y la conversación giró naturalmente sobre Madrid.

Carlos contestó á todas las preguntas con discreción, con calma, con un discernimiento nada común. Otro joven hubiera exagerado; él, al contrario, describía las cosas y los hechos tales como eran.

Esto causó dobles prosélitos en favor de aquel joven.

La misma Ana se sintió de nuevo casi subyugada por la modestia y el talento de Carlos.

El día fué alegre con estas circunstancias. A la noche hubo baile, y entonces fué cuando por vez primera se encontraron Ana y Carlos frente á frente.

Dos grandes balcones, que caían al huerto de Pedro Avellan, se hallaban abiertos á causa del calor; el cielo estaba tachonado de estrellas; no había luna, y sin embargo las luces refractaban sobre las sombras de los árboles sus pálidos reflejos, lo cual aumentaba la tibia reverberación que se extendía por aquel paraje....

El perfume de las flores subía á la manera de espirales invisibles para llenar el ambiente de emanaciones dulces y embriagadoras.

Pues bien, en uno de estos balcones fue donde Carlos se encontró á Ana.

La miró profundamente; se acercó á ella con lentitud, y después de un momento de vacilación exclamó:

—En una noche como ésta, contemplando esas estrellas que brillan en la inmensidad, respirando perfumes desconocidos, le dije á usted una vez tan sola lo que sentía en el fondo de mi corazón. Ha transcurrido cerca de un año, y vuelvo hoy á recordarle lo pasado para que se eslabone con lo presente. ¿Que es lo que puedo esperar del porvenir, ya que tengo la felicidad de encontrarme á su lado?

Ana no supo que contestar al pronto; pero después de serenar las palpitaciones de su corazón, después de meditar en sus sentimientos, en su situación, en los deseos de sus padres, y aún en cierta lucha que brotaba entre sus recuerdos pasados y sus recuerdos presentes, contestó:

(Se continuará.)

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuación.)

Tocamos ahora en las poesías de Estanislao de Campo, poeta argentino, y vamos á detenernos en hacer su juicio detenido, por haber podido apreciarlas con un tomo á la vista, una por una, con una introducción escrita por el celebre poeta argentino don José Mármol.

No hay punto siquiera donde la vida exista que no se proclame la supremacía del poeta; no hay punto, aún en los más salvajes y dados á la ferocidad de las costumbres incultas, que no se tenga hacia el cierto respeto, por más que algunos se empeñen en desvirtuar su noble misión sobre la tierra.

Y no es por cierto la Confederación Argentina el país menos favorecido de sus palabras, de sus ternuras, puesto que todos los días aparecen en tan risueño eden poetas tan dulces y sentimentales como Estanislao del Campo, cuyas poesías, elegantemente confeccionadas, hemos tenido la satisfacción de leer, y de las cuales dice el profundo poeta Mármol:

«En las composiciones que contiene este libro, se hallan sin disputa el perfume y el brillo de los sentimientos y la imaginación del verdadero poeta; y la especialidad, poco común, de haber el autor recogido de su propio corazón, de sus impresiones individuales, de sus gustos y de su carácter mismo las bellas y distintas flores con que ha formado la guirnalda que hoy coloca en la modesta columna de la literatura moderna.»

Consta esta colección de poesías de las siguientes composiciones:

Introducción, por el señor don José Mármol.

A la Patria (dedicatoria).

Jesus, América, La Hermana del Pescador, La Luz y la Sombra, Lágrimas y Cantares, Tú y Yo, A Maria (enviándole una máquina de coser), A unas lágrimas (representadas durante la representación de *La Traviata*), A Carlos Mayer, Barcarola, A tu partida (en el album de la señorita E. M.), Flores del tiempo y flores del alma, Página de mi cartera, Serenata, Plegaria, ¡Adios! (á Lucila antes de ir á un duelo); Ayer, hoy y después, Mis votos (en el album de la señorita V. M.) A la niña Laurentina Wilson (en sus primeros días), Última lágrima.

Hasta aquí, el genero de las poesías del señor Campo es sumamente lírico, y los asuntos anatóricos, místicos, descriptivos y necrológicos.

Figuran después las composiciones festivas con los siguientes títulos:

Monólogo de un tronera, Cantares, Batalla de Pavón (parte del general vencido), Mi Nariz, El Album, Proyecto de Decreto (el mismo asunto), Al Intendente Portero de las honorables Cámaras legislativas, El y Ella, Carta de «Ventosa Sarjada», Al Presidente Mitre, sonetos: La Cita, Clara, El Tálamo (oriental), Amor, Honorarios por duelos (cuenta pasada á H. F. Varela), El Sereno, Por la plata baila el mono, A otro can con ese hueso, ¡Que se lo cuente á su madre! Asilato, Epigramas.

Entre estas poesías las hay muy amenas, con un pronunciado relieve político contra las ideas rosistas, verdadero cáncer de la civilización platense.

Concluye el libro con: Acentos de mi guitarra, compuestos de Juicios críticos sobre *Fausto* (parodia del autor sobre el *Fausto* de

Goethe), *Fausto*. A Aniceto el Gallo (á propósito de un remitido publicado por él en *El Orden*). Al mismo (con motivo de su viaje á Europa), El destino de una flor, Gobierno gaucha.

Las composiciones, pues, del señor Campo, son muchas y á distintos objetos.

Las más energicas y meditadas pueden considerarse las que titula America y A Jesús, siendo de un gusto superior, por lo bien que retrata al gaucha, la parodia de *Fausto* y la que describe la batalla de Pavon.

En la composicion A Jesús hay dos versos de un gran fondo de filosofia cristiana, que por si solos son un mentis á los que creen que la civilizacion americana es materialista.

Dice oportunamente el inspirado vate:

El fátuo brillo de la luz pagana
deslumbra y turba la conciencia humana.

En vano se pretende modelar la politica democrática en la turquesa racionalista; el derecho politico legal tiene que nutrirse de linfa cristiana, sin sofisticaciones de ningún género.

Dice el señor Campo, reconociendo la divinidad de Jesucristo:

Sí, lo enviaste, gran Dios, mas no velado
por los altos encajes de las nubes,
ni en trono de oro y de zafir sentado,
ni entre alados y cándidos querubes;
tú le hiciste nacer, Dios soberano,
bajo el techo de un mísero artesano.

El resto de esta composicion es uno de los más bellos cantos que registra el Parnaso americano en el género místico.

La poesia denominada A América, de la que dice Mármol:

América es la virgen que sobre el mundo canta,
profetizando al mundo su hermosa libertad,
es de un mérito patriótico de primer orden;
pero en sus apreciaciones sobre España podría ser contestada por el magnífico discurso del señor Sarmiento, presidente de la República Argentina, al inaugurarse la Exposicion de Córdoba.

Bella es lo composicion cuando dice:

Como líquidos rizos, de su frente
y por sus hombros caen á su falda,
anchos rios que corren mansamente
por sabanas inmensas de esmeralda,
llevando en su raudal claro y sonoro
piedras preciosas entre arenas de oro.

Pero no deja de apostrofar duramente á la madre patria con la siguiente estrofa:

No sospechas que crueles,
de vil servidumbre al carro
de Cortés y de Pizarro
las coyundas le atarán.

Es defecto de los escritores americanos, que no han estudiado bien la historia de la conquista de América, desfigurar los hechos de esta heroica jornada. No negamos que hubo abusos por parte de algunos caudillos de ella; pero su conjunto es una verdadera epopeya, que pertenece á los anales gloriosos de la civilizacion cristiana.

La Hermana del Pescador es una composicion tiernísima, muy bien desenvuelta y mejor versificada.

Hablando de ella dice muy delicadamente:

Ella es hermosa, brillante
su hermosísimo cabello,
negro, flexible, ondeante,
cae en raudal abundante
sobre el bien torneado cuello.

El final de esa leyenda es muy triste, quizás fatalista; y con este motivo, permitáse nos reparar que el lirismo americano sigue la escuela excéptica, por más que en las descripciones sea brillante. Débese esta falta á que estudian mucho los poetas del Nuevo Mundo á Byron, Espronceda, Hugo y otros

cuya filosofia no es muchas veces la más acertada.

Lágrimas y Cantares es una poesia de gran mérito; es una defensa sencilla, pero entusiasta del poeta.

Termina diciendo:

Así un poeta cantó.
¿Cantaría una mentira?
No; yo ví que por su lira
una lágrima rodó.

(Se continuará.)

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Nuestra tarea no puede ser más enojosa, y no lo sentimos por nosotros, sino por nuestros lectores, pues quisiéramos ofrecerles más novedades, pero no es nuestra la culpa y habremos de tener paciencia.

Cada semana hemos querido hacernos la ilusión de que á la siguiente iba á terminar la insurreccion carlista.

Estas ilusiones eran hijas de nuestro deseo, y hemos tenido el disgusto de que se desvanecieran.

Se explica satisfactoriamente lo que pasa? No, y mucho menos se explica si recordamos el principio de la sublevacion.

Entonces las partidas que se levantaron en Cataluña no tenían ninguna importancia, y lo mismo sucedía con las que aparecieron en Castilla la Nueva.

En el Maestrazgo continuaba la tranquilidad, y esto era una gran ventaja para el gobierno.

Lo verdaderamente grave era en las Provincias Vascongadas y Navarra; es decir, que con fijar la atencion en aquel punto, con emplear allí toda la energia, la sublevacion, á lo que parece, debió quedar ahogada muy pronto.

Contaba el gobierno con grandes recursos, puesto que podía disponer de un ejército perfectamente organizado, mientras que los carlistas, aunque se presentasen en crecido número, tenían la desventaja inmensa de su falta de organizacion y de no ser dueños de ninguna poblacion de importancia.

Creemos que al duque de la Torre le sobraba razon cuando decía que en dos semanas podía concluir con la rebelion carlista; pero ello es que no lo hizo, que prefirió el convenio de Amorevieta, y que todos concebimos nuevas esperanzas, porque no queríamos mirar la cuestion bajo el punto de vista que la miraban las oposiciones.

Aunque desaprobando en el fondo y en la forma el celebre convenio, nos felicitábamos porque no se vertiese más sangre española.

También esta nueva esperanza habia de desvanecerse.

Algunos centenares de carlistas se acogieron al indulto; pero los demás cobraron alientos, resultando que la sublevacion fuese tan imponente ó mucho más que el primer día.

Después del ataque de Oroquieta, tan desastroso para la faccion, parecia que Navarra habia quedado limpia de partidarios del Pretendiente; pero bien pronto los de las Provincias Vascongadas se extendieron, y aquella victoria tan audaz y hábilmente alcanzada por el general Moriones llegó á ser estéril.

Entre tanto, las facciones de Cataluña crecian y se multiplicaban, y las que eran pequeñas partidas llegaron á ser bien organizados batallones.

Tristany y sus compañeros se presentaron descaradamente en las poblaciones de importancia, y la autoridad militar se convenció

de que no tenía fuerza suficiente para atacar al enemigo.

Y no era sólo Cataluña, sino Asturias también, en cuyas montañas aparecieron partidarios de la tiranía y del derecho divino.

Y Castilla la Nueva se incendiaba también, y con inaudito desearo un indigno sacerdote, el tristemente celebre cura de Alcabon, se paseaba con su hueste sin que nadie le pusiera estorbo.

Se nos ocurren observaciones que no queremos manifestar.

Nos concretaremos al asunto, á los hechos.

Después del convenio de Amorevieta ha tomado incremento la sublevacion carlista.

Nos parecieron acertados los movimientos del nuevo general en jefe marqués del Serrallo.

Las facciones empezaron á moverse con algun desconcierto, y hubo días en que las vimos cercadas, verdaderamente acorraladas, pero ya sea favorecidas por las condiciones del terreno, ya porque se haya cometido alguna torpeza, lo cual ignoramos, es lo cierto que han conseguido escapar.

¿Cuánto tiempo llevamos así?

No necesitamos decirlo, porque estos tristes días los cuentan con toda exactitud los amantes del reposo.

Supongamos que todas las facciones componen un total de veinte mil hombres.

Empero veinte mil hombres que no cuentan con el apoyo de ninguna plaza fuerte, que carecen de artillería, y que no tienen caballería en el verdadero sentido militar de esta palabra, deben suponer bien poco para un gobierno que cuenta con un ejército de ochenta mil hombres, con plazas fuertes, con la fuerza moral y con una artillería que, especialmente la de montaña, tal vez no tiene rival en el mundo.

No menos de veinte mil hombres y grandes elementos de todas clases tuvo el general Serrano, y hoy tiene lo mismo el general Echagüe.

Y volvemos á preguntar: ¿por qué hay facciosos todavía?

Quisiéramos conocer el plan de campaña del duque de la Torre. Ya no hay peligro en dar publicidad á estos antecedentes.

Al principiarse la campaña se habló de un triángulo formado en Navarra por nuestro ejército.

Uno de los vértices del triángulo estaba en la frontera.

En vista de los datos oficiales y sobre el mapa buscamos el triángulo.

Con sentimiento tenemos que decir que no encontramos más que cuerpos de ejército aislados.

Por el vértice se introdujo don Carlos.

Debió quedar como el ratón en la ratonera, y sin embargo no sucedió así, pues el golpe de Oroquieta no estaba previsto por el general en jefe.

Si Cabrera hubiese estado en lugar del torpe Pretendiente, las facciones de Navarra nos hubieran dado mucho que hacer, pues aun suponiendo que los carlistas hubiesen sido derrotados en Oroquieta, el general Moriones se habría visto envuelto en el espacio de algunas horas.

A pesar de la grave situación de las Provincias Vascongadas y Navarra, tenemos ahora que fijar la atencion con preferencia en Cataluña.

¿Que sucede allí?

Hasta hoy ha sido un misterio.

Bruscamente, cuando menos se esperaba, tiene lugar un cambio de gobierno.

¿Brillará la luz ahora, disipando las tinieblas que nos envuelven?

No lo sabemos.

Ajenos á la política, dejamos que el nuevo gabinete siga la marcha que bien le parezca, y no nos ocuparemos más que de la sublevacion.

El general Echagüe, jefe del ejército del

Norte, presenta la dimision, y se le admite.

Se nombra en su lugar al general Moriones.

Como éste es el que ha dado más que hacer á los carlistas, como éste es el único que ha conseguido ver, si no la cara, siquiera la espalda á don Carlos de Borbon, nos parece bien el nombramiento.

A Cataluña ha ido un nuevo capitán general, y otro se ha nombrado también para Castilla la Nueva.

Asegurábase que el hijo del desgraciado general Ortega iba con los facciosos de Cataluña, pero esto no es verdad.

El paradero de don Carlos de Borbon sigue siendo un misterio aún para sus mismos partidarios.

¿Por qué se oculta?

Esto nadie se lo explica.

Se llegó á creer que se encontraba en las cercanías de Bayona; pero semejante noticia no se ha visto confirmada.

Nuestro corresponsal nada nos dice que sea digno de mencion, y por consiguiente no insertamos las cartas que hasta hoy hemos recibido.

Falsa es también la noticia de que Cabrera se había decidido al fin á entrar en Cataluña. El héroe del Maestrazgo continúa en Inglaterra, y cada vez más firme en su resolución de no tomar parte en los sangrientos sucesos que nos afligen.

Así don Ramon Cabrera da una prueba más de su talento.

Tampoco nos parece cierta la noticia de que con Tristany va don Alfonso, el hermano de don Carlos, pues hay motivo para creer que éste se ha oscurecido lo mismo que el otro.

Bien puede decirse que la sublevación acaba de entrar en una segunda época.

¿Debemos esperar mejores resultados?

Pronto hemos de verlo.

Como muestra de la situación de Cataluña, que ya hemos dicho ser grave, insertamos á continuación algunas de las noticias de mayor interés que dan nuestros colegas del Principado.

Helas aquí:

«Personas que anoche llegaron á esta ciudad, procedentes de Arbucias, nos manifiestan que el coche-diligencia que hace el trayecto de aquella población á Hostalric, fué detenido por una seccion de la partida carlista mandada por los jefes Tristany y Saballs. Este último adelantóse y registró el carruaje, llevándose la correspondencia oficial y los periódicos, excepto dos números de la *Crónica*, y dejando en cambio á los viajeros varios números de *El Pensamiento Español*. El mismo Saballs encargó al conductor que manifestara en su nombre al alcalde de Arbucias que dentro de breves días pasaría á hacerle una visita, y que, por consiguiente, tuviera dispuesto para su entrega todo el armamento existente en dicha villa.

El grueso de la partida se componía de unos cuatrocientos hombres, robustos y bien armados. Entre ellos va también, en calidad de jefe, un joven de muy buen porte, que se decía ser don Alfonso de Borbon. Tristany y Saballs visten blusa encarnada y boina blanca con franjas y borla de oro.

Las mismas personas que nos comunican estos detalles, nos dicen además, que al llegar á la estacion de Breda se les manifestó que la iglesia estaba ardiendo, á consecuencia de haber estado en aquella población la partida de Tristany y de Saballs, y que habiéndose encerrado en dicha iglesia los Voluntarios de la Libertad, negándose terminantemente á rendirse, los carlistas pegaron fuego á las puertas del templo, siendo auxiliados en esta operacion por varias mujeres. Del ligero tiroteo que hubo con este motivo, resultó herido uno de los jefes de la partida. También lo fué el caballo que montaba, que quedó en poder de los liberales.

La circunstancia de acercarse una columna

de tropa hizo que los carlistas hubiesen de abandonar el teatro de sus tristes hazañas.

Sobre el mismo asunto, añade *La Imprenta* que Tristany, al ver que los Voluntarios no entregaban las armas, dispuso que se pegase fuego á las casas que rodean la iglesia, como así se hizo, al objeto de envolver á los milicianos en una nube de llamas y humo, y conseguir por este medio que se rindieran. — *La Independencia*.

«Hoy debe llegar á esta ciudad la columna de Iberia que fué á Tarragona para buscar municiones, y ha solicitado del ayuntamiento popular cuarenta y dos bagajes para conducirlos á Falset.»

Anteayer pasó por Aleixar una partida carlista compuesta de unos doscientos cincuenta individuos. Llevaban cinco soldados y un teniente prisioneros, y pidieron al alcalde 74 rs. para socorrerlos. Estos prisioneros proceden de Monmell, y dos de ellos se escaparon, uno en Albi y otro en Masroig.

A lo que parece, ha variado el plan que las partidas carlistas se habían trazado en esta provincia. El movimiento de concentración no tenía otro objeto que reunir fuerzas para pasar el Ebro, arrollando todos los obstáculos, é internarse en el Maestrazgo. A eso debieran responder las partidas levantadas en los últimos días de la semana pasada en Alcalá de Chisvert y Ulldecona; pero quizás por las precauciones militares tomadas á orilla derecha del Ebro, y por la concentración de las columnas en nuestro Priorato, los carlistas han vuelto á su antiguo sistema de partidas de corto número, que les ofrece más seguridad por lo escabroso del terreno, que hace difícilísima una persecución activa, tanto más cuanto que en los pueblos republicanos de nuestra provincia se les mira con la más completa indiferencia. — *La Redención del Pueblo*.

«He aquí el texto de la comunicación que Tristany envió al jefe de los Voluntarios de Anglés, que es á la que ayer hacíamos referencia:

«Ejército real.—Comandancia general de Cataluña.—Hay un sello con las armas de España.—Al jefe de Voluntarios de Anglés.—Son las siete de la mañana, y concedo tres horas de tiempo para que depongan las armas al dador de la presente comunicación, que es comandante de las fuerzas que he destacado para recogerlas. Entregándolas, no se causará molestia de ninguna especie á los referidos Voluntarios. De lo contrario, les hago desde ahora responsables de las consecuencias que puedan ocurrir.—Cuartel general de La Sella á 12 de Junio de 1872.—El comandante general interino del Principado, R. Tristany.

«La contestación que á la anterior comunicación dió verbalmente el jefe de los Voluntarios de Anglés, fue la siguiente: «Dígame usted á Tristany que nuestras armas sólo se entregan con la vida.»

Los carlistas no han ido por ellas. — (*La Luz*.)

El general Echagüe ha emprendido su viaje á esta corte, y el cuartel general espera órdenes del nuevo jefe, que se hallaba en las Amézcuas.

La brigada Palacios debía pasar á Navarra en persecución de las facciones Lizarraga y Velasco.

Por Arechavaleta, hacia Salinas y Alava, pasaron algunos facciosos.

En algunos pueblos de Navarra se ha intentado alterar nuevamente el orden; pero no lo han conseguido los partidarios del Pretendiente.

Continúa en Alava la facción Iturralde.

Otra vez se habla de Rada, asegurando que se ha puesto al frente de una partida.

En Puensagrada, provincia de Lugo, se presentaron algunos carlistas; pero huyeron ante una columna que les dió alcance, y se internaron en Asturias.

La única partida de cuarenta hombres que

vaga en la provincia de Orense es también perseguida por la guardia civil.

Se han recibido noticias de la provincia de Cáceres, participando que en Zarza la Mayor se insurreccionaron diez y ocho carabineros, dirigiéndose á la Sierra de Gata. Esto no tiene ninguna importancia.

Una carta de Pamplona, que publica el *Diario de Acisos de Zaragoza*, contiene noticias de bastante interés, y las insertamos á continuación para que nuestros lectores estén al corriente de cuanto pasa.

Dice así el corresponsal:

«En mi última anterior decía á usted, que por más que meditaba no daba con el misterio de haber podido retroceder la gente de Carasa desde la frontera, donde se hallaba rodeada de fuerzas del gobierno hasta la Solana, y hoy continúo en las mismas dudas, por más que se haya hecho algo de luz en el asunto.

Moriones estrechó á los carlistas cuando ya Carasa, con unos cincuenta, á favor de la noche, había burlado la vigilancia de las columnas y retrocedido hasta tierra de Estella, dividiéndose sus fuerzas en dos partidas, una de mil trescientos hombres, al mando del teniente coronel don Antonio de Lizarraga, y otra de unos quinientos, capitaneada por el cabecilla Rada, albañil de Tafalla; la primera tropezó en los montes de Julio el día 11 con la columna del coronel de Almansa señor Catalan, á la que presentó batalla; pero como éste no se disponía á atacarla, contentándose con hacerla algunos disparos de cañón, pegaron banderas los carlistas y se pusieron en marcha, evitando así ser alcanzados por la division de Moriones. Siempre hostigados por este, descendieron por cerca de San Martín de Unt hacia Larraga, pasando por debajo del Pueyo, entre Tafalla y Garinain.

Ceruti, que con su fuerte division se hallaba en este punto y el comandante militar de Tafalla, tenían aviso de que efectuaría esa marcha la facción por el mismo punto que lo verificó; el segundo estuvo quieto, y el primero, después de disponerse á atacarla, tocó retirada.

Llegó Moriones á Tafalla firmemente creído de encontrar deshecha y prisionera la facción, y cuando se enteró de lo sucedido tuvo gran disgusto; increpó fuertemente al comandante de Tafalla y al brigadier Ceruti, e inmediatamente, por telégrafo, expuso al gobierno su plan de campaña, con el que se prometía acabar pronto la insurrección, y para el caso de no admitirsele presentaba su dimisión. Esto sucedía el día 12; y á la una de su tarde, en tren especial, marchó con su gente á Pamplona á esperar contestación del gobierno.

Entre ocho y nueve de la noche de ese día pasó la otra partida de quinientos hombres, capitaneada por Rada, por las inmediaciones de Olite, produciendo gran alarma en los Voluntarios de Tafalla, que tocaron generala, tomaron posiciones y pasaron una noche en blanco, dando el ¡quién vive! sin cesar, mientras los carlistas se reunían, calzaban y racionaban en Artajona y Mendigorria, y se internaban á descansar en las Amézcuas, donde se les van reuniendo los de Vizcaya. Han intentado reclutar toda la gente útil, pero es empresa imposible.

Hé aquí cuanto con más visos de verdad se cuenta y repite por este país á todas horas y en todas partes. *Relata refero.*»

De otra correspondencia no menos interesante tomamos lo siguiente:

«Aunque la *Gaceta* oficial de Madrid presenta á don Rafael Tristany al frente de una partida, no ha sido exacto. Hoy ha entrado en España; va muy descorazonado y quejoso, así de don Carlos como de los que le rodean; en la casa de un sastre, donde aquí ha vivido, ha dicho que «el valor es la primera cualidad para merecer el trono de un pueblo

guerrero." Tristany carece de fe; está triste.

Desde fines de Mayo que llegó a este punto, ha estado esperando a don Alfonso, quien le hizo dar una proclama: luego mandó que no la publicara, pero ya era tarde; estaba expedida. Le oí decir que en Julio de 1865 le mandó doña Margarita que entrara, asegurándole Gildo Ceballos que encontraría cuatro mil fusiles; vino, y le entregaron ¡setenta y dos!!! entre los cuales había ingleses, de piedra de chispa. «Ahora, añadió, poco más o menos es lo mismo.» Y entonces, ¿para qué se expone usted? «Porque don Carlos, replicó, me ha hecho grandes desaires por favorecer a otros y escuchar chismes: voy a cumplir con mi palabra empeñada.»

Carasa se niega a sostenerse, según frase de Manterola, quien le manda, a nombre de don Carlos, especie de grillo que canta desde su agujero, que esquivé encuentros y espere; que los republicanos van a saltar por Andalucía. Lo mismo se dice a Tristany. Este es un hombre alto, fuerte, como de cincuenta u ochenta años, de trato amable, de escaso talento: su secretario se llama Serrano. Va, repito, descorazonado y «seguro, dice, de salir con las manos a la cabeza, pues el rey (don Carlos) no gusta sino de los que le adulan.» «¡Vea usted, decía ayer, vea usted qué partido en que las órdenes de los militares se comunican por manos de sacerdotes, que se las ensancrentan para luego levantar a Dios en el altar!

Tenga usted por seguro que se prepara un movimiento republicano en Andalucía, para ayudando a los carlistas buscar complicaciones al gobierno de Madrid. Mucha extrañeza nos ha causado ver el entusiasmo de cuatro italianos, que han sido zuavos pontificios, que hablaban aquí pe-tes del cardenal Antonelli y hasta de Su Santidad, porque, según ellos, el Papa no protege a don Carlos. De estos señores italianos, uno ha ido anoche a Bayona; los otros tres no sé dónde se han metido. Estoy seguro que no van con Tristany.

P. D.—La persona en cuya casa ha estado éste oculto, ha dicho que entra porque le acusan de estar vendido a don Amadeo, y que para justificar va «a ponerse en manos de Dios.» Textual.»

CAUSAS CÉLEBRES.

JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTÍN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

Ahora bien; la familia de Francisco Ramirez se hallaba en compañía de Domínguez desde el 30 de Abril de 1868, cuando en la noche del 1.º al 2 de Mayo tuvieron lugar los crímenes que referiremos en este proceso.

¿Pero qué había sido en estos días de los dos hermanos José y Felipe Pardo Martín? ¿Dónde estaban? No tardaremos en saberlo.

La noche mencionada, y como a eso de las diez, dos hombres, que no podían distinguirse bien por la oscuridad que reinaba en el campo, descendieron por una de las colinas al Almayate-bajo, y se sentaron u ocultaron debajo de una higuera que existe aún cerca del almacén de Domínguez, almacén que le constituye una casita pequeña situada a unos mil pasos de la que sirve de habitación, y en la cual encerraba este los maderos y toldos para cubrir los paseros.

Sentáronse debajo de esta higuera, dejando antes en el suelo unos bultos que parecían ser dos haces de leña seca, y después de un momento de silencio, estos hombres, que no eran otros que José y Felipe Pardo Martín, comenzaron una conversacion cuyos detalles ignoramos.

A juzgar por el pensamiento que llevaba allí a aquellos dos hombres, su conversacion no podía ser ni muy tranquila ni muy ejemplar, y desde luego puede comprenderse cuál sería cuando paso a paso vayamos describiendo las terribles y dolorosas escenas que tuvieron lugar aquella noche en aquel tranquilo termino, y cuyo teatro había de ser la morada del desgraciado Domínguez.

La noche estaba tranquila y bella. El templado cielo de Andalucía cubría con su suave tacheado de estrellas el quebrado paisaje que se extendía por aquellos contornos, y la brisa húmeda y fresca que venía de la mar agitaba suavemente las vides y las hojas de los árboles frutales que formaban como un bosquecillo delante de cada casa. La hermosura de aquella noche de primavera parecía convidar a la quietud, haciendo nacer en la mente sólo ideas dulces y cariñosas, y parece imposible que semejante cuadro no conmoviera el alma de aquellos hombres que acariaban con fruición un pensamiento homicida.

Comprendemos el asesinato, por más que sea culpable, ejecutado en un momento de colérico despecho, en la embriaguez de la ira; pero nos parece imposible fuera de estas condiciones. Para nosotros hay siempre en esto algo de misterio, cuya clave sólo tiene Dios, porque no nos lo justifican bastante las mil y mil causas a que suelen atribuirse esos atentados inconcebibles.

Si la venganza puede convertir al hombre en fiera, el hombre vengativo no puede ni debe vivir en la sociedad.

Jose y Felipe Pardo Martín permanecieron debajo de la higuera, y ocultos bajo su ramaje, hasta que se calcularon que serian las once ó las doce próximamente. Hasta aquel momento, habiase visto luz en algunas de las casas que se divisaban desde allí, y la desaparición completa de estas luces era lo que sin duda estaban esperando los hermanos Pardo para principiar su terrible proyecto.

Efectivamente, la falta de luces indicaba que todos los pacíficos habitantes de aquellos cortijos se habían entregado ya al reposo, y esto era lo que principalmente convenia a los Pardos.

El crimen necesita la soledad y el silencio. La luz le ofende, y es en las tinieblas donde desarrolla su funesto y siniestro poder.

Fuera ya los dos hermanos de la copa de la higuera que los había acublado hasta entonces, arrastraron cerca de la casa de Domínguez los dos haces de sarmientos secos que habían llevado consigo, y desatándolos, los colocaron en el mismo dintel de la puerta y de las ventanas del piso bajo. Hecho así, encendieron un fósforo, que aproximaron al combustible, y esperaron.

No se tardó mucho tiempo sin que los sarmientos, secos ya y colocados de una manera conveniente, comenzaran a arder chisporroteando, único ruido que interrumpía el profundo silencio de la noche. Bien pronto las llamas lamieron con sus mortales espirales las puertas de madera de la casa, que, como es consiguiente, comenzó también a arder.

El ruido de la madera que crujía y el humo que penetraban por las rendijas de las puertas al interior de la casa, debieron despertar a sus moradores, pues de pronto, abriéndose una de las ventanas del piso alto, comenzaron varias voces a pedir socorro.

Aquellas voces eran nada más que el prólogo del drama terrible.

Jose y Felipe Pardo, que armados de retacos, pistolas y puñales habían permanecido inmóviles mientras el fuego envolvía poco a poco la fachada de la casa, se estreñecieron al oír aquellas voces, y fueron para ellos como la música guerrera que entusiasma y enardece al soldado en el momento de entrar en acción.

Un estremecimiento, no nos atrevemos a

decir de satisfacción, agitó a los incendiarios, que preparándose a ejecutar su terrible proyecto prepararon sus armas, y José exclamó con un sarcasmo inaudito:

—Esperad, esperad, honradas gentes, que ahora vamos a favoreceros.

Estas palabras aumentaron los gritos pidiendo socorro, pero aquellos gritos no obtenían contestación; parecía que los daban en un desierto, y questa efectivamente trabajo comprender cómo todos aquellos vecinos pudieran permanecer impasible y encerrados en sus casas, cuando media docena de ellos acaso hubiesen podido evitarlo todo.

Es verdad que el pánico es a veces más poderoso que los sentimientos más nobles, y que el instinto de la propia conservación tiene un poder incalculable. Es verdad que los dos hermanos Pardo habían adquirido, justa ó injustamente, una fama horrorosa, y al comprender los vecinos la causa de aquellos lamentos, pudo en ellos el terror más que la generosidad, y en vez de salir a defender a Domínguez hicieron como que nada oían; y en lugar de abrir sus casas, atrancaron sus puertas interiormente, temiendo, sin duda, cada cual hacerse merecedor de la venganza de los dos hermanos.

Nadie, pues, acudió a aquellos gritos, ni una sola ventana se abrió, a lo menos de una manera visible que indicase la curiosidad de los vecinos de Almayate-bajo; pero es probable que la mayor parte de ellos estuviesen despiertos y temblando.

En medio del campo y en la soledad de la noche, las voces de ¡socorro! ¡socorro! tienen un eco que no se olvida nunca, y ejercen sobre el ánimo una influencia incalculable. El valor no existe entonces; la presencia de un peligro desconocido oprime el corazón como si le colocaran entre dos planchas de hierro, y el solo recuerdo de una lucha probable hiela la sangre en las venas. Como la fuerza de un sentimiento generoso no se sobreponga a la razón, en cuyo caso la sangre hierve y el valor renace, el hombre más valiente se encuentra amilanado y cobarde al oír en medio de la noche las voces de una criatura desconocida.

Solo esta disculpa, no tan completa como quisiéramos, es la que encontramos que pueda justificar el indiferentismo de los vecinos de Domínguez, que pudiendo haberlo salvado no lo hicieron. Disculpa pobre, porque no eran ni uno ni dos, ni se hallaban desarmados, ni se encontraban a tan larga distancia de la casa de la que salían los lamentos; y es más que probable, por mucha que hubiera sido la decisión de los Pardos, que si éstos hubiesen visto ocho, diez ó doce hombres acercarse a ellos en ademán hostil, hubiéranse retirado y aplazado para otro día la ejecución de su idea, ó tal vez hubiesen desistido de ella.

Pero la familia del Domínguez se vió sola, y tuvo que perecer y.... pereció.

Prosigamos.

XIX

La acción del fuego era lenta, muy lenta para la impaciencia de los Pardos, que anhelando consumir su venganza, comenzaron a dar golpes a la puerta con las culatas de sus retacos.

La madera, ya casi calcinada, no pudo resistir por mucho tiempo, y la puerta cedió cayendo al suelo con estrepito y haciendo saltar un millón de chispas, que la corriente de aire empujó y arrastró al interior de la casa.

Jose y Felipe Pardo penetraron osadamente con los dedos puestos en el gatillo de los retacos, y vieron en la primera pizca un hombre y dos mujeres casi en paños menores, que aturdidos y asustados gritaban sin saber lo que hacían, y daban vueltas como las ardiillas en sus jaulas.

Estos infelices eran Francisco Ramirez, su madre y su esposa, pues su padre, más se-

reno ó más medroso, se había escondido en la corraleta antes de entrar los Pardos.

—¡Oh! por favor, señores,—decía la mujer de Ramírez cruzando las manos en actitud suplicante,—no nos hagan ustedes ningún mal, puesto que somos forasteros aquí.

—¡Silencio, desgraciadas!—exclamó José con voz terrible;—¿dónde está Francisco Domínguez?

—Lo ignoramos, señores.

—Pues bien, baca abajo todo el mundo... al suelo el que no quiera morir.—Y dirigiéndose á su hermano, añadió:—que no se escape nadie; mata por dentro que yo mataré por fuera.

Iba á subir Felipe, cuando su hermano, cogiendo al joven de Alcaucin por el cuello, le levantó del suelo, diciéndole:

—Vamos á ver, dínos dónde está Domínguez.

—No lo sabemos.

—Mira que te va en ello la vida.

—Anoche se quedó en su habitación, pero en este momento no puedo saber dónde está.

—Pues ven con nosotros, nos servirás de guía. Anda delante, ó te abraso.

—Mire usted que es imposible atravesar esa pieza con las llamas que entran por la ventana; y además, si nos entretenemos mucho vamos á morir abrasados.

—Eso no es cuenta tuya, bribon.

—Pero señor....

—¡Eh!—repuso Felipe;—este hombre nos está entreteniendo mientras se escapan los demás.

José lanzó un rugido, y levantando su retaco dió á Ramírez tan terrible golpe en la cabeza, que el desgraciado se bamboleo como un beodo; pero antes de que hubiese podido incorporarse, Felipe le disparó su arma á quemarropa. Un puñal brilló al mismo tiempo al resplandor del incendio, y el pobre joven cayó exánime sin exhalar un grito, sin profirir una queja.

Su madre y su esposa, ¡su madre y su esposa, lectores, esto es horrible! se precipitaron sobre el inanimado cuerpo, lanzando verdaderos aullidos de dolor, mientras los Pardos, indiferentes á aquellos lamentos que partían el alma, se precipitaron por las habitaciones interiores en busca de Domínguez.

Las llamas avanzaban entre tanto, y poco á poco iban apoderándose de todo el edificio, envolviéndole en su rojo sudario, y haciendo crujir va las vigas de los techos y las armaduras de los tabiques.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

El compositor Flotow, cuya ópera *Marta* tanto había gustado en París cuando se estrenó en diciembre de 1865, abandonó el teatro de sus triunfos la misma noche de la segunda representación de su ópera.

—¿Cómo,—le dijo un amigo,—os ausentais de París la misma noche de un triunfo tan extraordinario?

—Debo hacerlo,—le contestó Flotow.

—¿Sin pensar en las consecuencias?

—Ciertamente.

—¿Sin hacer ninguna visita á los periodistas?

—No tengo tiempo para ello.

—Pero al menos no podeis esperaros algunos días?

—Es imposible, me espera mi familia.

—¿Y tan importante es vuestra presencia en la familia que no podeis prorogar vuestra partida?

—Sí, muy importante; debo estar con mi familia la noche de Navidad.

—Pero.... ¿y la gloria?

Flotow sacó la cartera, y enseñando á su amigo los retratos de su mujer y de sus hijos, le dijo:

—Basta, mi buen amigo; estos me son mucho más queridos que la gloria.

Hablemos un poco de modas.

Segun los últimos figurines, hoy se estilan los ojos de las niñas, y las niñas de los ojos, negros.

Los bolsillos y las cabezas, vacíos.

Las bocas de los imbéciles y las obras de los hombres, al revés.

La conciencia y las batas, muy holgadas.

Las corbatas y los matrimonios, con lazo á la *negligé*.

Los mirriñaques y los coloquios de amor, fenomenalmente exagerados.

Las bocas de los imbéciles y las sombrillas, casi siempre abiertas.

Las medias y las cartas de las mujeres, sin puntos.

Los abanicos y los pollos, con tres dedos de pluma fina.

La lengua y las uñas, muy largas.

La envidia y las botas de charol, en todo tiempo.

Los tontos comiendo, y los sabios con hambre.

Y por último, las suegras, los pantalones color de canario y los políticos inquebrantables, han caído en completo desuso.

Cierto hablador confió un secreto de uno de sus amigos á un joven tan poco prudente como él.

—No se lo digas á nadie,—añadió.

—Descuida,—le respondió,—seré tan discreto como tú.

No hay para qué decir que el secreto lo supo todo el mundo.

Los cuarenta ladrones de Basilicata. Proceso celebre en el tribunal de Potenza. Más de cien muertos, robos, incendios y mutilaciones.

Los cuarenta malhechores que comparecieron el 16 de Noviembre último en el tribunal de Potenza (Italia) martirizaron, por decirlo así, durante diez años la provincia de Basilicata, asesinando, robando, violando, incendiando, haciendo padecer á sus víctimas los más horribles tratos. En los voluminosos autos del proceso figuran más de cien muertes por estrangulación, muchos miembros quebrados, muchas orejas cortadas, muchos ultrajes odiosos. Uno de los reos, Vito de Marco, tiene por su parte veintiseis robos con violencia, cuarenta secuestros y treinta y ocho asesinatos. Tanto este acusado como los otros muestran el mayor cinismo en el tribunal. Florio confiesa que fué de la cuadrilla, mas no hace revelacion alguna. Sabaletta dice que va no se acuerda de lo que hizo, pero no niega los crímenes que se le imputan. Cirigliano confiesa, y dice que se hizo saltador para escapar de sus enemigos políticos. Otro joven acusado hace la narracion de sus crímenes con el mayor cinismo, concluyendo con estas palabras:

—Es verdad, señor presidente; principié mi carrera cortando las orejas á una mujer, mas al cabo de algunos dias va sentia la mayor delicia en cometer homicidios, y maté, maté sin saciarme nunca de matar, y con la sangre de mis muchas victimas lavé la memoria de mis padres, de mis amigos y de mi primera amada.

Un coronel que repartia el fondo de masita á los soldados de su regimiento que tomaban la licencia, los iba llamando por una lista en que constaban los nombres y las cantidades que alcanzaban aquéllos.

—Fulano de tal,—decia,—alcanza cien reales.

—Zutano de cual, alcanza doscientos veinte.

Y así continuó hasta llegar al final de la primera página de la lista; de repente se pone pálido, verde y encarnado, exclamando:

—Suma y sigue, cuatro mil doscientos reales. ¿Quién es este suma y sigue que alcanza tanto?

—El navio del gobernador pelagra; los temores se amontonan.

Y turbado al verse delante del respetable público que le oía, dijo:

—El navio del peligrador gobierna; los montones se atemorán.

Habia oído hablar un patán de los sorbetes de mantecado que se tomaban en los cafés de Madrid, y cuando vino de su pueblo por el mes de Enero se fué derecho al primero que encontró; y habiéndose enterado, pidió que le trajeran un vaso de mantecado; el mozo se lo sirvió, y entusiasmado al ver aquella especie de *pirámide* tan bonita, como él decia, al colmo de la copa, de una dentellada se llevó á la boca más de la mitad. Mas sintiendo los efectos del helado, que no esperaba, empezó á escupir y hacer gestos, gritando:

—¡Mozo, mozo!

Acudió éste, y preguntándole qué se le ofrecia, le dijo muy incómodo:

—Hombre, ¿qué mil demonios me ha traído usted aquí?

—Un sorbete de mantecado,—le contestó aquel.

—Pero, alma de cántaro,—le replicó,—¿á quién se le ocurre traerlo en mitad del invierno más frio que la nieve? Llévasele usted y tráigalo calentito, que es como se debe tomar en este tiempo.

Una redicha señorita, que tenia pretensiones de haber recibido una esmerada educacion, aunque era hija de un zapatero que á fuerza de machacar suela y meter y sacar los cabos se había enriquecido, decia á unas amigas, refiriéndolas lo que había ocurrido aquella tarde en el paseo:

—Supónganse ustedes que había un *gentido de gente* y un *vocerido de voces*, que se asombraron los caballos *pidos* del carruaje de un señor que parece que es de *Alcaluda*; y como con el *pobrerido de polvo* que levantaron no *veían* por dónde *daban*, se fueron derechos como un *juro al rido* que corre por allí, y se *ajugaron ambos á tres* los pobrecillos.

Contando un licenciado del ejército que era andaluz, sus proezas en las acciones en que se había hallado durante la guerra, decia con aire de importancia:

—Supónganse ustedes que en lo más fuerte de la batalla que dimos, y cuando llovian las balas sobre nosotros como granizos, me apoderé de un capitan enemigo y le corté las manos.

—¿Las manos?—dijo uno de los oyentes:—¿y por qué razon no la cabeza?

—¡Toma!—respondió el ex-soldado,—por que cuando yo llegué ya se la habían cortado.

Estando en una ocasion las milicias provinciales en activo servicio, poco después de su creacion, un soldado de ellas se hallaba de centinela á la puerta del cuartel; y queriendo hacerle alguna prevencion el oficial de guardia, le gritó desde lejos:

—¡Centinela!—lo cual repitió hasta tres veces, sin que el soldado se diese por entendido; y ya incómodo, se fué para él y le dijo en tono de reprension:

—¿No ha oído usted que le estoy llamando, centinela?

A lo que contestó muy formal el bisonio soldado:

—Mi capitan, es que yo no me llamo centinela, que me llamo Alonso.

De este hecho viene el llamar á los soldados de los batallones provinciales por mote, que les desagrada mucho, los Alonsos.

En la escena de un drama que representaban unos aficionados, un actor, mirando con un antejo al mar, que se hallaba alborotado figurando una borrasca, tenia que decir:

—El navio del gobernador pelagra; los temores se amontonan.

Y turbado al verse delante del respetable público que le oía, dijo:

—El navio del peligrador gobierna; los montones se atemorán.



Manifestacion radical verificada en Madrid en la tarde del 15 de Junio (de una fotografia tomada desde las Calatravas).

—¡Tan, tan!!
 —¿Quién llama?
 —¿Está don José?
 —Don José? No señor, está en el campo.
 —¿Cuándo podré volver por la cuentecita?
 —Por la cuentecita.... ¡Nunca!
 —¿Cómo?
 —Como usted lo oye.
 —¿Pero no vendrá del campo don José?
 —¡Hum!....
 —No comprendo, explíquese usted....
 —¿Es que está.... en el campo.... santo!....
En un concierto casero.—¡Ha tocado usted *com'il faut*, Adelita!
 La mamá de la niña:
 —¿Qué te ha dicho ese estúpido de Fagot?
 —Calla mamá, si es que me requiebra en inglés.

—¿Cuál es el día más corto del año?—
 preguntaba un maestro a su discípulo.
 —El domingo,—contestó el muchacho.

—Señor cura, vengo a hacer a usted una consulta; yo he comido carne en Cuaresma: ¿será pecado?
 —¿Fue en viernes?
 —No señor.
 —Entonces.... ¿La comió usted con bula?
 —No señor, con cuchara, porque era en estofado.

Explicando aritmética a sus alumnos cierto maestro de escuela muy aficionado a Baco, decía:

—Pepito, han entrado en el pueblo cincuenta arrobas de vino y han salido veinticinco: ¿cuántas quedan?
 —Diez y siete,—contestó el muchacho.
 —A la cola, estúpido.
 —Vamos a ver si tú lo sabes, Juanito,—dijo

el maestro dirigiéndose a otro de sus discípulos;—si han entrado cincuenta arrobas y han salido veinticinco, ¿cuántas quedan?

—Ninguna,—contestó seguidamente el muchacho,—porque las que debían quedar se las ha bebido el señor maestro.

—Diga usted, ¿de quién fue hijo el gran capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba?

—Del Papa Julio II....
 —¿Y de quién más?
 —Y de don Fernando el Católico.
 —¡Muy bien! ¿Y cómo pudo nacer de un rey y de un papa, de dos hombres?
 —Porque.... porque fue bastardo.
 —¿Dónde ha cursado usted la asignatura de historia?
 —Privadamente.
 —¡Viva la enseñanza libre!

Un criado que veía que la planchadora salivaba en la plancha para ver si estaba caliente, un día que su amo le pidió un caldo, no queriendo pecar de imbécil, escupió en la taza en presencia del amo, que iba a tomar el caldo.

—¿Qué haces, majadero?
 —Es para ver si está caliente, señor.

CHARADA.

Mi primera es alimento;
 de mi segunda y tercera
 tenemos dos, porque así
 lo quiso Naturaleza;
 y mi todo, no te asombres,
 es indispensable prenda
 que gasta el rico y el pobre
 en casi toda la tierra.

Solucion a la charada del número anterior.

CARACOL.

A NUESTROS COLEGAS.

Agradecidos a la buena acogida dispensada a nuestro humilde periódico por nuestros compañeros en la prensa, y a pesar de que nos habíamos reservado la propiedad de cuanto se inserta en el mismo, nuestros apreciables colegas de Madrid y de Provincias pueden copiar los sueltos y artículos que principien y terminen en un mismo número, si bien suplicándoles adviertan que lo toman de **EL PERIÓDICO PARA TODOS**.

Por razones fáciles de comprender, no podemos dar la misma autorizacion para las demás obras.

Editor propietario: JESÚS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.